

LAS RELACIONES ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y FRANCIA EN 1940: LA MISION SECRETA DE RENÉ DE CHAMBRUN

Por ANTONELLA ERCOLANI

El mes de junio de 1940 fue sumamente crítico para Francia. En las dramáticas horas de la irremediable derrota militar, y con la conciencia apremiante de las múltiples obligaciones que habían de asumirse, las decisiones que se adoptaron conformaron gran parte de aquellos que serían los rasgos característicos de la política interna y de los equilibrios en las alianzas internacionales que Francia seguiría en los cuatro años sucesivos.

El 5 de junio se inició la fase final de la batalla de Francia con la ofensiva alemana en el sector costero del frente francés, entre Laon y el mar, y cuatro días después del avance del ejército alemán al mando del general Von Bock, también Von Rundstedt desencadenó un ataque en el sector central y costero (1).

Una decena de días después de la retirada de Dunkerque, los Ministerios franceses se encontraban esparcidos entre los castillos del Loira y la prefectura de provincia; los caminos hacia el sur estaban abarrotados de militares de un ejército disuelto y confuso con ocho millones de prófugos que en las regiones septentrionales habían abandonado fábricas y campos frente al avance imparable de los medios acorazados alemanes (2).

El desastre militar y la descomposición de las Fuerzas Armadas, del que se tenía conocimiento tanto en los altos mandos militares como en el gobierno, obligaban a aceptar las consecuencias (3).

(1) Cfr. W. CHURCHILL: *La Seconda Guerra Mondiale*, trad. ital., 6 vols., Milán, 1949, II: *La loro ora più bella*, pág. 151; E. L. SPEARS: *Assignment To Catastrophe*, 2 vols., Londres, 1954, II: *The Fall of France (June 1940)*, págs. 68-69, 72-73.

(2) Sólo una semana después de la entrada de los alemanes en París no quedaban en la capital más de 1.800.000 habitantes de los cerca de seis millones y medio que habitaban la ciudad antes de la guerra (cfr. G. CAREDDA: *La Francia di Vichy*, Roma, 1989, págs. 18 y 85).

(3) El trágico cuadro de la situación fue presentado por primera vez el 25 de mayo. El comandante Fauvelle informó sobre la inferioridad en efectivos y materiales del ejército, en la reunión que el jefe de gobierno, Reynaud, había convocado en su oficina del Ministerio de la Guerra, en presencia de Pétain, Weygand, Darlan, Baudoin y del recién nombrado representante personal de Churchill ante Reynaud, general Spears. El informe concluía con una propuesta de capitulación, que, sin embargo, fue entonces rechazada conjuntamente por Reynaud y Weygand. Cfr. P. BAUDOIN: *Neuf mois au gouvernement (avril-décembre 1940)*, París, 1948, págs. 78-81; M. WEYGAND: *Mémoires*, 3 vols., París, 1950, III: *Rappelé au*

De un lado, existían razones para reclamar un armisticio que, con matices y orientaciones diversas, se contemplaba como la única forma de preservar al ejército del deshonor de la capitulación (Weygand) (4) y permitir, mediante un diligente y lento trabajo diplomático, la puesta en marcha de un progresivo esfuerzo de reconstrucción, con el fin de proteger a los franceses sobre la base de la conservación de la independencia nacional y del imperio, en la convicción de lo inminente de una paz que parecía presentarse bastante honorable (Pétain) (5).

Como alternativa, se podía consentir un «alto el fuego» —puramente formal— que no habría comprometido al gobierno, preparado para trasladarse con la tropas todavía disponibles a África septentrional o a una de las posesiones francesas en América, para continuar desde allí la lucha al lado de los ingleses, manteniendo el control del imperio y de la flota que se conservaba intacta (Reynaud) (6), en previ-

service, pág. 120; E. L. SPEARS: *op. cit.*, I: *Prelude To Dunkirk (July 1939-May 1940)*, págs. 182-189, 197-198; M. BENOIST-MÉCHIN: *Soixante jours qui ébranlèrent l'occident*, 2 vols., París, 1956, I, páginas 279-286.

En el posterior consejo de guerra, que se celebró más tarde aquel mismo día en el Eliseo, se habló por primera vez de armisticio y al mismo tiempo de la unánime decisión adoptada de continuar combatiendo, desde aquel momento se encargó a Reynaud que discutiera con los aliados una eventual salida de la guerra por parte de Francia. (Sobre el Comité de Guerra del 25 de mayo, cfr. el esmerado análisis de DHERS «Le Comité de Guerre du 25 mai 1940», en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, núms. 10-11, junio 1953.)

(4) Cfr. M. WEYGAND: *op. cit.*, págs. 225-226, 273-285; deposición de WEYGAND en el proceso de Riom (26 de agosto 1940), en P. REYNAUD: *Au coeur de la mêlée, 1939-1945*, París, 1951, págs. 896-906; deposición de WEYGAND a la Comisión Parlamentaria de Investigación (8 de marzo de 1949), en ASSEMBLÉE NATIONALE (Première Législature, Session du 1947): *Les événements survenus en France de 1933 à 1945, rapport de M. Charles Serre, député, et témoignages et documents recueillis par la Commission d'enquête parlementaire*, 11 vols., París, VI, págs. 1565-1566; deposición de BOUTHILLIER a la Comisión Parlamentaria de Investigación (28 diciembre 1950), en *ibidem*, VIII, págs. 2521-2525, 2530-2534; deposición de REYNAUD al proceso Pétain (24 julio 1945), en *Le Procès du Maréchal Pétain, compte rendu sténographique*, París, 1945, pág. 62; F. CHARLES-ROUX: *Cinq mois tragiques aux Affaires Etrangères (21 mai-1 novembre 1940)*, París, 1949, págs. 35, 37-40, 388; PERTINAX: *Les fossoyeurs*, Nueva York, 1943, I, pág. 350; P. BARRÈS: *Charles de Gaulle*, Nueva York, 1941, págs. 119-120; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, París, 1945, págs. 147-153, 163, 200-206, 497, 501.

(5) LE MARÉCHAL PÉTAÏN: *Paroles aux Français. Messages et écrits (1934-1941)*, Lyon, 1941; E. LAURE: *Pétain*, París, 1941.

(6) La posición de Reynaud fue clara desde la reunión del Gabinete de Guerra del 6 de junio, y el mismo reajuste ministerial del 5 de junio debía servir, en la intención del presidente de gobierno, para alejar la cuestión del armisticio, aislando a Pétain y a Weygand, mediante la entrada de nuevos ministros favorables a la resistencia y a la preparación de la guerra en el Norte de África, competencia expresamente confiada a De Gaulle, nombrado desde aquel momento subsecretario de la Defensa Nacional y encargado de las relaciones entre el War Cabinet y el Cabinet de Guerre [cfr. P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, 2 vols., París, 1947, II, págs. 176-179; C. DE GAULLE: *Memorie de guerra*, trad. ital., 2 vols., Milán, 1959, I: *L'appello (1940-1942)*, pág. 43; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, pág. 19; deposición de REYNAUD a la Comisión Parlamentaria de Investigación (12 diciembre 1950), en *Les événements...*, cit., VIII, págs. 2407-2408; deposición de LAURENT-EYNAC (8 febrero 1949), en *ibidem*, V, pág. 1445. Cfr. W. L. LANGER: *Our Vichy Gamble*, Nueva York, 1947, pág. 20; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *La sfida all'isolazionismo*, trad. ital., Roma, 1954, pág. 501; P. FARMER: *Vichy, Political Dilemma*, Nueva York, 1955, pág. 102; A. KAMMERER: *op. cit.*, págs. 87-94; P. BARRÈS: *op. cit.*, pág. 99; G. WILLARD:

sión de una larga guerra a escala mundial, y no un simple episodio del habitual conflicto franco-alemán (7), apenas iniciado (De Gaulle) (8).

Para Gran Bretaña tenía una «importancia decisiva» mantener a Francia en la lucha, ya fuera en el Norte de África, con la flota, o sólo mediante acciones de guerrilla en el territorio de la metrópoli, con lo que quedaba del ejército (9). Se multiplicaron, por tanto, las acciones para sostener la política de Reynaud reforzando su voluntad de «perseverar» (10), sin que al mismo tiempo se permitiera una incursión masiva de cazas de combate en la batalla de Francia, porque se consideraba un error no reservar el grueso de la aviación para hacer frente a la *Luftwaffe* que Hitler lanzaría dentro de poco sobre los cielos ingleses (11). Por otra parte, la evacuación que en Dunkerque había permitido a Gran Bretaña salvar el grueso de las diez divisiones de infantería enviadas a territorio francés, había ocasionado la pérdida del mate-

La drôle de guerre et la trahison de Vichy (septembre 1939-juin 1940), París, 1960, págs. 84-85; E. L. SPEARS: *op. cit.*, II, págs. 72-73; L. NOGUÈRES: *Le véritable procès su Maréchal Pétain*, París, 1955, págs. 77-79].

(7) Esta era la miope convicción que Pétain se formó sobre el conflicto considerado por otra parte un «trágico error» desde el primer momento de su regreso a la patria, procedente de España, respondiendo a la llamada de Reynaud (cfr. Bullit a Hull, telegrama núm. 6, 1 julio 1940, en Department of State, *Foreign Relations of the United States, Europe* (en adelante, FRUS), 1940, II, pág. 462; telegrama de Guariglia a Ciano (3 noviembre 1939), en Ministero degli Affari Esteri, *I documenti diplomatici italiani* (en adelante, DDI), IX serie, 4 vols., II, doc. 99, pág. 69; telegrama de Gardemann a Ribbentrop (15 de marzo de 1940), en *Documents on German Foreign Policy 1919-1945 from the Archives of the German Foreign Ministry*, serie D, vols. VIII-X, IX, doc. 5, pág. 19; telegrama de Sthorer a Ribbentrop (3 junio 1940), en *ibidem*, doc. 376, págs. 507-508. Cfr. también W. L. LANGER: *op. cit.*, pág. 63, y P. BOURGET: *Témoignages inédits sur le Maréchal Pétain*, París, 1960, pág. 82.

(8) Cfr. R. ARON: *La Francia di Vichy (1940-1944)*, trad. ital., Milán, 1972, págs. 81-84; M. COSTA: *De Gaulle*, Milán, 1966, pág. 91.

(9) W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 154, 182. Inglaterra, como es conocido, habría ofrecido incluso su flota para el traslado del gobierno y de las tropas francesas a África septentrional en el caso en que esta decisión hubiera sido adoptada (cfr. *ibidem*, pág. 198; cfr. también P. REYNAUD: *op. cit.*, II, pág. 335; deposición de REYNAUD al proceso Pétain (23 julio 1945), *op. cit.*, pág. 59; deposición de REYNAUD a la Comisión Parlamentaria de Investigación (12 diciembre 1950), en *Les événements...*, cit., VIII, pág. 2414; E. L. SPEARS: *op. cit.*, II, págs. 241-243, 255; A. FABRE-LUCE: *Journal de la France (mars 1939-juillet 1940)*, París, 1941, pág. 356; A. KAMMERER: *La tragédie de Mers el-Kébir*, París, 1945, pág. 19; L. WOODWARD: *British Foreign Policy in the Second World War*, Londres, 1962, págs. 62-63].

(10) W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 135.

(11) *Ibidem*, págs. 149, 158-159, 161. La misma tesis fue sostenida por el jefe del comando de cazas metropolitano, Dowding, en el War Cabinet reunido en Londres el 11 de junio, pocas horas antes de la reunión del Consejo Supremo Interaliado de Briare (cfr. M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 121-122; W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 154).

Gamelin en más de una ocasión ya había reclamado una mayor utilización de la RAF (cfr. A. AMT: *I documenti segreti dello Stato Maggiore francese, 1939-1941*, Berlín, 1941, núms. 52-53, y M. G. GAMELIN: *Servir*, 3 vols., París, 1947, III: *La guerre*, págs. 409-413).

También Charles-Roux, secretario general para Asuntos Exteriores, había contactado con los ministros de Canadá y Sudáfrica para reclamar la intervención de aquellos gobiernos ante el inglés en apoyo de las peticiones francesas (cfr. F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, pág. 27).

rial bélico, además de graves daños a la marina, infligidos por la aviación alemana (12).

El recurso, por tanto, a la ayuda material que Estados Unidos hubiera podido aportar era de vital importancia para ambos, Francia y Gran Bretaña, si bien la urgencia para la primera era, con mucho, mayor. Churchill era consciente (13) y no dejó ocasión de ejercer presiones tanto sobre Roosevelt como sobre Reynaud, con el único objeto de mantener la «más eficaz y duradera resistencia francesa» (14).

El resentimiento anti-inglés que aumentaba, implicando incluso a la opinión pública francesa por lo que se consideraba el abandono aliado de Francia a su suerte, privada de la ayuda adecuada (15); junto con la sospecha de que Inglaterra tratase de alcanzar por su cuenta un acuerdo con Hitler, aprovechando que sus Fuerzas

(12) W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 144-145; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 83-85; A. FABRE-LUCE: *La fumée d'un cigare*, París, 1949, pág. 100.

Al finalizar la operación «Dynamo», la mañana del 4 de junio, habían sido desembarcados en Inglaterra 338.000 soldados, de los que 121.000 eran franceses, con una pérdida de sólo 2.000 hombres en la travesía (cfr. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 119).

Sobre la dirección de la operación y las consecuencias político-militares que siguieron a los resentimientos y a las recriminaciones francesas, cfr. SAUNDERS: «L'évacuation par Dunkerque, en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, núms. 10-11 (junio 1953), además el testimonio de E. L. SPEARS: *op. cit.*, I, págs. 192, 235-236, 250-251, 295-299, 308-309, 350; II, págs. 6-22; M. WEYGAND: *Rappelé au service*, cit., págs. 120-132; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 81-85; PERTINAX: *op. cit.*, I, págs. 223-225; M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, I, págs. 289-290, 314-319, 333-334, 349; A. FABRE-LUCE: *Journal de la France*, cit., págs. 323-324, 350-352; Id.: *Une tragédie royale, l'affaire Leopold III*, París, 1948, pág. 98; P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, cit., II, págs. 250-255; P. BAUDOIN: *op. cit.*, págs. 116-117; *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, a cargo de R. E. SHERWOOD, 2 vols., trad. ital., Milán, 1949, I, págs. 144-145; telegrama de Guariglia a Ciano (8 junio 1940), en DDI IX/4, doc. 814, pág. 606.

(13) Esta consciencia se puso de relieve por primera vez después de la reunión del Consejo Supremo Interaliado de 31 de mayo en París, en donde la gravedad de la situación francesa emergió con toda claridad [cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 112-117; P. BAUDOIN: *op. cit.*, págs. 107-114; P. WEYGAND: *Rappelé au service*, cit., págs. 129-130, y *Appendice V*, págs. 153-154, que contiene el extracto verbal de la reunión. Cfr. además un amplio informe del encuentro aportado por E. L. SPEARS: *op. cit.*, I, págs. 294-316, y P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, cit., II, págs. 251-253; deposición de WEYGAND a la Comisión Parlamentaria de Investigación (8 marzo 1949), en *Les événements...*, cit., VI, pág. 1560; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 79-80; FARMER: *op. cit.*, págs. 101-102; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 467-499. La tensión del momento en las ya precarias relaciones franco-británicas está documentada también en el telegrama de Guariglia a Ciano (1 junio 1940), en DDI IX/4, doc. 686, págs. 524].

(14) Telegrama de Churchill a Roosevelt (12 junio 1940), en W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 179.

(15) La efectiva cooperación anglo-francesa se resquebrajó pronto, prácticamente durante la evacuación de Dunkerque y el fracaso de Bélgica.

La «desunión aliada» comenzó, por tanto, en coincidencia con los primeros reveses de la guerra (cfr. J. C. CAIRNS: «Great Britain and the Fall of France. A Study in Allied Disunity», en *The Journal of Modern History*, vol. XXVII, núm. 1, marzo 1955), con las discrepancias que se mantenían en el plano militar y político que nacían de la diversa concepción sobre el carácter de la guerra y las futuras perspectivas para Europa (cfr. F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *Gli armistizi francesi del 1940*, Milán, 1963, página 36; K. J. MULLER: *Das Ende der Entente Cordiale*, Francfort, 1956, págs. 68 y sigs.), agudizadas por la escasa confianza que los altos mandos se alimentaban recíprocamente (cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*,

Armadas estaban todavía intactas para obtener condiciones de paz más favorables, en detrimento de Francia (16), contribuía a aumentar el escepticismo, en particular en los ambientes militares, sobre la necesidad de una resistencia a ultranza (17).

El 13 de junio, en Cangè, en la sesión del Consejo de Ministros allí reunido, aparecieron oficialmente las posiciones contrapuestas sobre el armisticio, abriendo una crisis ministerial que romperá definitivamente la unidad del equipo político y gubernativo y que, pese a que se resolverá con la opción del armisticio, el 17 de junio, mantendrá en cualquier caso divididos a los franceses, dentro y fuera de Francia, al menos hasta que alcanzase el poder De Gaulle (18).

El 13 de junio la situación se presentaba, sin embargo, fluida y expectante (19).

La opción que había de adoptarse, alcanzado este punto, dependía de la respuesta a la petición de intervención directa en el conflicto de los Estados Unidos, en

págs. 63-64; GENERAL VAN OVERSTRAETEN: *Albert I, Leopold III, Vingt ans de politique militaire belge 1914-1940*, Brujas, s.d., pág. 362; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, pág. 6).

Las negativas británicas a los reiterados llamamientos franceses para el envío de nuevos contingentes militares fueron otra causa, nada secundaria, del resentimiento anti-inglés que contribuyó al deslizamiento del Gobierno francés hacia posiciones favorables al armisticio (cfr. F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *op. cit.*, págs. 80 y sigs.).

(16) Temor expresado por Pétain al embajador estadounidense Bullit, que a su vez no dejó, bastante alarmadamente, de transmitirlo al secretario de Estado americano Cordell Hull y al propio Roosevelt [cfr. telegramas de Bullit a Hull, núms. 1.022 (4 junio 1940) y 1.047 (5 junio 1940), en FRUS, I, págs. 239-240; C. HULL: *The Memoirs of Cordell Hull*, 2 vols., Nueva York, 1948, I, págs. 774-776. Cfr. también W. L. LANGER: *op. cit.*, págs. 18-19, y K. J. MULLER: *op. cit.*, págs. 23-26, 30-31; *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, cit., I, pág. 144; PERTINAX: *op. cit.*, I, pág. 255]. También Weygand expresó posteriormente esta tesis (cfr. DE GAULLE: *op. cit.*, pág. 45).

(17) Este escepticismo había aparecido en la reunión del Gabinete de Guerra de 25 de mayo (cfr. nota 3). En esta sede se registra la primera intervención oficial de Pétain, que, caracterizada por un notable resentimiento anti-inglés, marcó el inicio de su alianza política con Weygand y la aparición de las posiciones pro armisticio en parte del gobierno, que fueron oficialmente presentadas en el memorándum del 29 de mayo (cfr. A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 52-53; F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *op. cit.*, pág. 55; H. LOTTMANN: *Pétain*, trad. ital., Milán, 1984, págs. 134-136).

(18) Cfr. R. ARON: *op. cit.*, pág. 16.

El posicionamiento claro surge ya, en realidad, en la tarde del 12 de junio, durante la sesión del Consejo de Ministros en Cangè, en la que por primera vez fue pronunciada la palabra armisticio en presencia de todo el gobierno. En el segundo Consejo de Ministros en Cangè, el 13 de junio, el enfrentamiento entre Weygand y Reynaud y entre las coaliciones agrupadas en torno a ellos sobrepasó los límites del desacuerdo personal, transformándose en «disenso entre poder político y poder militar» (F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *op. cit.*, págs. 103-123).

(19) Explícitamente acordada en el Consejo Supremo Interaliado de Tours el 13 de junio, la política de «ganar tiempo a toda costa», en espera de arrancar «la solemne promesa estadounidense» (W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 181-183), había caracterizado toda la dirección militar y política de la guerra, como sostiene F. BEDERIDA: *La stratégie secrète de la drole de guerre. Le Conseil supreme interallié (septembre 1939-avril 1940)*, París, 1979. Cfr. también P. REYNAUD: *Au coeur de la mêlée*, cit., páginas 777-784; P. BAUDOIN: *op. cit.*, págs. 159-164; Y. BOUTHILLIER: *op. cit.*, págs. 65-71, 96, 125-126; M. WEYGAND: *Rappelé au service*, cit., págs. 215-218; E. LAURE: *op. cit.*, págs. 432-433; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 126-135, 153; M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 174-183; L. NOGUÈRES: *op. cit.*, págs. 91-98.

quien se había ya dejado el destino de la causa aliada y el propio destino personal de Reynaud (20).

La «contemplación estática» de los acontecimientos europeos, principio que había caracterizado la política exterior americana desde los primeros años veinte (21), había comenzado a ser abandonada hacía escasamente unos meses, cuando, Roosevelt, el 4 de noviembre de 1939, después de un largo y áspero debate, con el que las fuerzas aislacionistas guiadas por el senador Borach habían tenido ocupado al Congreso durante dos meses, había conseguido que se aceptara una revisión de la *Neutrality Act* de 1937 (22). La introducción de la enmienda conocida como *cash and carry*, que volvió a dar a los países beligerantes la posibilidad de aprovisionarse de material bélico en los Estados Unidos, permitió, ya el 3 de junio de 1940, a los arsenales y a los almacenes militares americanos comenzar a preparar armas y municiones para revenderlas inmediatamente a ingleses y franceses. La puesta en marcha de las operaciones de carga de doce mercantes británicos fue posible el 11 de junio, sobre la base del inventario de reservas disponibles entregado al general Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, por los departamentos de la Guerra y la Marina, conservando los Estados Unidos material bélico sólo en la cifra mínima prevista en el plan de movilización del ejército (23). El abandono del embargo sobre las exportaciones de armas abrió una política presidencial más activa, apoyada en una multiplicidad de iniciativas, desde discursos a llamamientos dirigidos a los americanos y a los jefes de gobierno de los países en guerra, desde misiones diplomáticas a negociaciones y contactos directos con los Estados Mayores, para circunscribir el conflicto, en donde el cambio de cincuenta cazatorpederos por las bases aeronavales inglesas en el Atlántico localizadas entre Terranova y la Guayana británica (24)

(20) La Sesión del Consejo de Ministros de Cangiè se había en efecto cerrado suspendiendo la solicitud del armisticio y subordinando la decisión a la respuesta del presidente americano, en lo que fue la última y dramática apelación de Reynaud.

A las numerosas llamadas de Reynaud a Roosevelt (once telegramas y seis conversaciones telefónicas) deben añadirse las reclamaciones de Londres sobre Washington y los múltiples despachos que contenían peticiones francesas de ayuda, especialmente aérea, enviadas por el embajador Bullit al secretario de Estado americano. Cfr. FRUS, I, págs. 218-257; II, pág. 453; III, págs. 29-37; WORLD PEACE FOUNDATION: *Documents on American Foreign Relations (July 1939-June 1940)* (en adelante, DAFR), II, pág. 424; DEPARTMENT OF STATE: *Peace and War, United States Foreign Policy 1931-1941* (en adelante, sólo *Peace and War*), pág. 549; C. HULL: *op. cit.*, págs. 787-790; *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, cit., I, pág. 145; E. L. SPEARS: *op. cit.*, II, pág. 136; P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, cit., II, pág. 295; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, pág. 36; M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 103-104.

(21) Cfr. J. B. DUROSELLE: *Da Wilson a Roosevelt. La politica estera degli Stati Uniti dal 1913 al 1945*, trad. ital., Bolonia, 1963.

(22) El debate se había iniciado el 23 de septiembre. Cfr. COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS: *The United States in World Affairs. An Account of American Foreign Relations* (en adelante, USWA), 1939, pág. 160-189.

(23) Cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 145; *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, cit., I, págs. 92-93.

(24) *L'Exchange of Destroyers for Air and Naval Bases* del 2 de septiembre de 1940, que venía a dar respuesta satisfactoria a las apremiantes peticiones inglesas iniciadas el 15 de mayo precedente y repe-

y el *Lend and Lease Act* (25), representan solamente los actos más conocidos.

A pesar de la difundida postura anti-hitleriana, incrementada sobre todo después de Munich (26), el aislamiento pasivo a finales de los años treinta era todavía la perspectiva dominante de la mayor parte de la opinión pública americana, aferrada en imputar a Europa la responsabilidad de la crisis y de la reciente depresión (27) y en condenar la política llevada a cabo en la Primera Guerra Mundial, juzgada todavía un gravísimo error (28). Incluso en julio de 1939 el Congreso había rechazado el intento de Roosevelt de revisar la *Neutrality Act*, para anular el embargo sobre las exportaciones de armas y que será después aprobado en noviembre, como ya se ha señalado, en plena guerra (29).

La propia presencia en la Secretaría de Estado de un resuelto seguidor de la

tidamente renovadas desde junio a agosto, marcó el definitivo acercamiento de los Estados Unidos a la causa inglesa y fue el primero de una larga serie de actos con los que Estados Unidos pasó de la neutralidad a la no beligerancia (cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 398; Q. WRIGHT: «The Transfer of Destroyers to Great Britain», en *American Journal of International Law*, vol. 34 (1940), págs. 680-689.

(25) Sobre el debate político a propósito de la aprobación del *Lend-Lease Act* del 11 de marzo de 1941, cfr. R. DALLEK: *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Nueva York, 1979, págs. 258 y sigs.; W. F. KIMBALL: *The most Unsordid Act. Lend-Lease 1931-1941*, Baltimore, 1969; O. BARIÈ: *Gli Stati Uniti nel secolo XX. Tra Leadership e guerra fredda*, Milán, 1983, páginas 271-272.

(26) Según las estadísticas Gallup, los sondeos de opinión realizados con los nuevos métodos de investigación, el 90 por 100 de la población albergaba sentimientos de fuerte hostilidad contra Hitler (cfr. USWA, págs. 284-299; cfr. también J. W. WHEELER BENNET: *Il patto di Monaco. Prologo alla tragedia*, trad. ital., Milán, 1968).

(27) Cfr., en particular, S. ADLER: *The Uncertain Giant 1921-1941. American Foreign Policy between the Wars*, Nueva York, 1965; C. P. KINDLEBERGER: *The World in Depression 1929-1939*, Berkeley, 1973; S. TERKEL: *Hard Times. An Oral History of the Great Depression*, Nueva York, 1971; F. L. ALLEN: *Only Yesterday. An Informal History of the 1920s*, Nueva York, 1959; L. E. ELLIS: *Republican Foreign Policy, 1921-1933*, New Brunswick, 1968; M. N. ROTHBARD: *America's Great Depression*, San Francisco, 1978; G. SOULE: *Prosperity Decade. From War to Depression, 1917-1929*, Nueva York, 1947.

(28) Cfr. G. MAMMARELLA: *L'America da Roosevelt a Reagan*, Roma-Bari, 1984, pág. 3. La oleada aislacionista de los años treinta, por la amplitud de consenso que alcanzó, se había transformado, como es conocido, en un verdadero y propio fenómeno de masas, estando la opinión pública preparada psicológicamente, en un ambiente angustiado por la incertidumbre sobre el momento económico y por los preocupantes interrogantes sobre el futuro, para dar crédito a tesis de hipotéticas conjuras en la intervención americana de 1917, urdidas por los círculos financieros e industriales colocados bajo sospecha por la comisión Nye y por escritos como *Merchant of Death*, de H. C. HENGELBRECHT y F. C. HANIGHEN, o como *Iron Blod and Profits*, de G. SELDES, o también por reconstrucciones históricas como aquellas presentadas por el sociólogo HENRY BARNES en *The Genesis of the World War*, y del historiador radical CHARLES BEARD en *The Rise of American Civilization* (cfr. *Ibidem*, pág. 15; cfr. también W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, pág. 53; J. B. DUROSELLE: *op. cit.*, págs. 363-364, y también E. M. COFFMANN: *The War to End All Wars. The American Military Experience in World War I*, Nueva York, 1968; E. R. MAY: *The World War and American Isolation, 1914-1917*, Cambridge, 1959, págs. 371-386; D. M. KENNEDY: *Over Here. The First World War and American Society*, Nueva York, 1980, pág. 197.

(29) Cfr. USWA, págs. 49-70, y los estudios más generales *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs, Jan. 1933-Jan. 1937*, a cargo de E. NIXON, Cambridge, 1969; T. M. FRANCK-E. WEISBAND: *Foreign Policy by Congress*, Nueva York, 1979; D. R. MCCOY: *Coming of Age. The United States during the 1920s and the 1930s*, Harmondsworth, 1973.

recuperación económica sobre bases internacionalistas y antiproteccionistas, como Cordell Hull, no había sido suficiente como para derribar el frente aislacionista y las tesis librecambistas desarrolladas mediante acuerdos bilaterales (30), tenazmente sostenidas por Hull, en el fondo no representaron más que una pequeña desviación en una política económica todavía caracterizada por el autarquismo del *Johnson Act* de 1934, que se incardinaba sólidamente en las tres *Neutrality Act*, que el Congreso elaboró en sólo dos años, entre 1935 y 1937 (31).

Por otra parte, el propio Cordell Hull, frente a la propuesta inglesa de actuar conjuntamente para imponer sanciones a Japón, propuesta presentada inmediatamente después del incidente del 7 de julio cerca del puente de Marco Polo, en China del Norte, y del estallido de la guerra chino-japonesa, prefirió hablar de acción paralela, basada en el principio de autolimitación nacional e internacional. Paz y estabilidad mundial, a las que se aspiraba reforzando como instrumento el Derecho internacional (32), eran todavía los objetivos de un internacionalismo que aún no se había transformado en auténtica y verdadera política internacional, pero que se diseñaba como expansionismo económico-financiero, en conexión con la tradición idealista wilsoniana, universalista y jurídica, *corpus* con el que subsistió, entre las dos Guerras Mundiales, el citado Derecho internacional a través de los múltiples cambios de las Administraciones republicanas y aislacionistas (33).

(30) Cfr. R. N. GARNER: *Sterling-Dollar Diplomacy. The Origins and Prospects of our International Economic Order*, Nueva York, 1956; L. C. GARDNER: *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, Madison, 1964; D. P. CALLEO-B. M. ROWLAND: *America and the World Political Economy. Atlantic Dreams and National Realities*, Bloomington, 1973; B. WOOD: *The making of the Good Neighbour Policy*, Nueva York, 1961, págs. 310 y sigs.; A. P. WHITAKER: «From Dollar Diplomacy to the Good Neighbour Policy», en *International American Economic Affairs*, vol. 4, núm. 4 (1951). Sobre CORDELL HULL en particular se remite a la voz *Cordell Hull*, a cargo de J. W. PRATT, en *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, vols. XII-XIII, Nueva York, 1964.

(31) La *Johnson Act* fue aplicada también contra Italia, que estaba comprometida en la guerra de Etiopía (cfr. J. B. DUROSELLE: *op. cit.*, pág. 367). Las leyes de neutralidad significaban el rechazo total a la experiencia americana de la Primera Guerra Mundial, con las gravosas consecuencias que con o sin razón se le atribuían, y que Sherwood irónicamente definía como un procedimiento «aprobado originalmente en 1936 y cuidadosamente proyectado para impedirnos entrar en la guerra de 1917» (cit. en G. MAMMARELLA: *op. cit.*, pág. 16. La definición fue retomada también por el *New York Herald Tribune*: cfr. O. BARIÈ, *op. cit.*, pág. 258).

Sobre las leyes de neutralidad, cfr. S. F. BEMIS: *A. Diplomatic History of the United States*, Nueva York, 1950, págs. 667 y sigs.; ID.: *The United States as a World Power*, Nueva York, 1952, págs. 197 y sigs.; R. DALLEK: *op. cit.*, págs. 290-292; J. M. BURNS: *Roosevelt 1940-1945*, trad. ital., Milán, 1972, págs. 46-83; J. P. LASH: *Roosevelt and Churchill. The Partnership That Saved the West*, Nueva York, 1976.

(32) Cfr. «Secretary Hull's Statement of Principles», en *Peace and War*, cap. VII: «Japanese Attack on China 1937», págs. 44-45; cfr. también D. J. FRIEDMAN: *The Road from Isolation. The Campaign of the American Committee for Non-Participation in Japanese Aggression, 1938-41*, Nueva York, 1968; D. BORG: *The United States and the Far Eastern Crisis of 1933-1938*, Cambridge, 1964.

(33) Esta corriente internacionalista, cuyos exponentes pertenecían, en su gran mayoría, a los ambientes económico-financieros de la costa oriental, sobre todo neoyorquina, después de la experiencia de la «diplomacia del dólar», intentó nuevas aperturas en el campo de la política exterior, proyectando el modelo newidealista.

Frente a la aproximación de la crisis mundial, cuyos rasgos amenazadores crecían en un panorama internacional marcado por la intervención italiana en Etiopía, la ocupación alemana de la Renania y la extenuante pérdida de vidas humanas que originaba la guerra civil española, los Estados Unidos reforzaron todas aquellas medidas válidas para minimizar el riesgo de una posible intervención al otro lado del océano, según el más tradicional antieuropeísmo tan estrechamente vinculado a toda la historia estadounidense como para ser considerado no «tanto un principio razonado como un instinto» (34).

Sobre la Dollar Diplomacy, cfr. H. FEIS: *The Diplomacy of the Dollar: First Era, 1919-1932*, Hamden, 1965; R. H. FERRELL: *American Diplomacy in the Great Depression. Hoover-Stimson Foreign Policy, 1929-1933*, Nueva York, 1970; D. H. ALDCROFT: *From Versailles to Wall Street. The International Economy in the 1920s*, Berkeley, 1977; J. W. PROTHRO: *The Dollar Decade. Business Ideas in the 1920s*, Baton Rouge, 1954.

Sobre la New Deal Diplomacy, cfr. los dos ensayos de L. C. GARDNER: *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, cit., y *A Covenant with Power. American and World Order from Wilson to Reagan*, Nueva York, 1984; cfr. también K. W. DEUTSCH: *I nervi del potere*, trad. ital., Milán, 1972.

Una gran contribución al renacimiento del internacionalismo americano se debió al intenso trabajo de análisis y estudio de las relaciones internacionales realizado por las numerosas instituciones y organizaciones que en estos años encontraron grandes incentivos (según el cálculo de Osgood, las 120 organizaciones que se ocupaban de los problemas internacionales en 1914 habían aumentado en 1926 a 1.200: cfr. R. E. OSGOOD: *Ideals and Self-Interest in America's Foreign Relations. The Great Transformation of the Twentieth Century*, Chicago, 1953, pág. 309).

El trabajo de institutos de investigación representará una referencia indispensable para el nuevo internacionalismo de los años cuarenta (cfr. *The Study of International Relations in the United States. Survey for 1934*, a cargo de E. E. WARE, Nueva York, 1934; C. P. HOWLAND: *American Foreign Relations, 1928*, New Haven, 1928, primer volumen de la Colección de Estudios Internacionales *American Foreign Relations*, que desde 1931 será la publicación anual del *Council on Foreign Relations* de Nueva York, transformada en *The United States in World Affairs*, bajo la dirección de WALTER LIPPMANN). Entre las citadas instituciones de investigación puede citarse el Carnegie Endowment for Peace, la Rockefeller Foundation, el Social Science Research Council, el Institute of Current World Affairs, el National Research Council, el Foreign Policy Association, el World Peace Foundation y el más conocido Council on Foreign Relations, centros cuyas obras de profundización en los problemas internacionales continuará desarrollando un rol determinante en la política exterior incluso de la era posbélica.

Sobre toda la cuestión del renacimiento internacionalista estadounidense de los años cuarenta, con particular referencia al ambiente y al trabajo del Council on Foreign Affairs, cfr. R. D. SCHULZINGER: *The Wise Men of Foreign Affairs. The History of the Council on Foreign Relations*, Nueva York, 1984; L. H. SHOUP-W. MINTER: *Imperial Brain Trust. The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy*, Nueva York, 1977, y, en italiano, el trabajo fundamental de C. M. SANTORO *La perla e l'ostrica. Alle fonti della politica globale degli Stati Uniti*, Milán, 1987, con amplísima bibliografía.

(34) S. E. MORISON-H. S. COMMAGER: *Storia degli Stati Uniti d'America*, 2 vols., trad. ital., Florencia, 1961, II, pág. 873; C. M. SANTORO: *op. cit.*, pág. 66. Cfr. también B. PERKINS: *The Great Rapprochement. England and the United States, 1815-1914*, Nueva York, 1968; S. ADLER: *The Isolationist Impulse. Its Twentieth-Century Reaction*, Londres, 1957; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*

Para comprobar el escasísimo interés estadounidense por Europa, en los años precedentes al segundo conflicto mundial bastará recordar que de los 21 gobiernos con que Hull, entre 1934 y 1939, concluyó acuerdos bilaterales para la disminución de las barreras arancelarias, casi la mitad eran Repúblicas de América Latina, que ocupaba el segundo lugar entre las áreas de interés estadounidense después de la zona del Pacífico y antes que el Canadá [cfr. A. M. SCHLESINGER (Jr.): *Storia degli Stati Uniti. Nascita dell'America moderna (1865-1951)*, trad. ital., Milán, 1969, pág. 580; E. E. WARE: *op. cit.*, páginas 223-306].

Así, la propuesta de imponer una «cuarentena» a los Estados agresores, audazmente lanzada por Roosevelt en el famoso discurso de Chicago, el 5 de octubre de 1937, suscitó un gran interés, tanto dentro como fuera de una América que aún no podía digerir tal política, provocando desconcierto incluso entre los consejeros más cercanos al presidente, como Davies y Hull, para quien la incauta propuesta de Roosevelt retrasó al menos seis meses la salida de los Estados Unidos del aislacionismo pasivo (35).

El discurso de la «cuarentena», presidido por el nuevo concepto de la «seguridad colectiva» (*National Security*), manifestó la elección de Roosevelt por el principio del internacionalismo político, pero ello no conllevó el que los Estados Unidos cambiaran su posición en la dirección de la política exterior. En efecto, en el mes de noviembre, el presidente debió aceptar la línea del Departamento de Estado y suspender el intento de la delegación americana de discutir en la conferencia de Bruselas los términos de una acción coordinada con Inglaterra y Francia, para imponer sanciones económicas contra Japón, según una cooperación largamente acariciada por Eden (36).

Desde entonces, Roosevelt puso en marcha una operación que, llevada paralelamente a la política oficial de neutralidad (37), originó que el país tomara progresivamente conciencia de la gravedad de la situación internacional y lentamente, pasando a través del reforzamiento militar (38), transformó la política de defensa nacional en política de defensa colectiva y la de neutralidad en no beligerancia, con un compro-

Sobre la política estadounidense en América Latina, cfr. el estudio específico de I. F. GELLMAN: *Good Neighbour Diplomacy. United States Policies in Latin American 1933-1945*, Baltimore, 1980; M. DALY HAYES: *Latin America and the United States National Interest*, Boulder, 1984; R. R. FAGEN: *Capitalism and the State in United States-Latin American Relations*, Stanford, 1979.

(35) Cfr. C. HULL: *op. cit.*, I, págs. 544 y sigs.; C. A. BEARD: *American Foreign Policy in the Making*, New Haven, 1946; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, pág. 37. Sobre el texto del discurso, cfr. *Peace and War*, págs. 48-49. Un comentario en D. BORG: «Notes on Roosevelt's Quarantine Speech», en *Political Science Quarterly*, vol. 72 (septiembre 1957), págs. 405-433.

(36) Cfr. *Peace and War*, págs. 49-50. Sobre la historia del Departamento de Estado, en su estructura y organización, cfr. G. H. STUART: *The Department of State. A History of its Organization, Procedure and Personnel*, Nueva York, 1949; cfr. también H. JABLON: *Crossroads of Decisions. The State Department and Foreign Policy, 1933-1937*, Lexington, 1983; B. D. HULEN: *Inside the Department of State*, Nueva York, 1939.

(37) Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1940, Roosevelt, en cumplimiento de la legislación vigente, declaró la neutralidad americana frente al conflicto que acababa de estallar, mientras el mismo día del ataque alemán había anunciado, en la reunión del gabinete, la convocatoria de una sesión extraordinaria del Congreso para anular las cláusulas concernientes al embargo de armas a los países beligerantes (cfr. W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 216-217).

(38) Desde comienzos de 1940, el Congreso había seguido sin dificultad al presidente en su programa de rearme, destinando para armamento, a pesar de las dificultades presupuestarias, un 26 por 100 más que las asignaciones realizadas el año precedente. Las fulminantes victorias alemanas en la primavera y la caída de Francia, en particular, habían acelerado el desarrollo del programa de Total Defense, tanto que, presentado a la aprobación del Congreso el 10 de julio, el plan de defensa nacional concluyó

miso creciente junto a los aliados que, a finales del 1940, pudo transformarse en un apoyo abierto a los esfuerzos bélicos de las democracias occidentales (39).

La Constitución americana otorgaba al presidente poderes personales muy amplios, incrementados gracias al *New Deal* y al nuevo papel que el presidente y el Gobierno acababan de asumir, interviniendo de forma efectiva, por primera vez, en la vida económica y social del país con una función de mediación entre las fuerzas sociales y políticas (40). A pesar de todo Roosevelt no pudo dirigir su política hasta después de 1941 eficaz y libremente, pese a la creciente y absoluta certeza del peligro que la hegemonía alemana representaba para los Estados Unidos, bien por la posibilidad que tenían de aprovisionarse de materias primas en Medio y Extremo Oriente, bien por el tan temido peligro de invasión de América Latina (41).

Durante la campaña aislacionista, fuertemente organizada y representativa en

su iter legislativo con extrema rapidez el 9 de septiembre (cfr. W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 548 y sigs.; S. E. MORISON: *History of United States Navals Operations in World War II*, 15 vols., Boston, 1947-1975, I: *The Neutrality Patrol of the Atlantic Squadron*; ID.: *The Two Ocean War. A Short History of the United States Navy in the Second World War*, Boston, 1963, págs. 27 y sigs.; M. S. WATSON: *United States Army in World War II. Chiefs of Staff, Prewar Plans and Preparations*, Washington, 1950, págs. 168-171).

El plan, siguiendo las necesidades estratégicas del conflicto, esencialmente desarrollado con las fuerzas aéreo-navales, con el ejército relegado a un plano extremadamente secundario, preveía la introducción del reclutamiento obligatorio, el Selective Service previsto por la *Burke-Wadsworth Act*, y la construcción de Two Ocean Navy de 1.325.000 toneladas de barcos para la defensa del Atlántico y del Pacífico, con objeto de no tener que recurrir al traslado de barcos de un océano a otro a través del canal de Panamá —hipótesis estratégica de principios de siglo—. El plan preveía además la fabricación de 19.000 aviones y el equipamiento para un ejército incrementado a 1.200.000 hombres (cfr. USWA, páginas 277-287; R. E. SMITH: *The United States Army in World War II. The Army and Economic Mobilization*, Washington, 1959, tab. 17, pág. 132; N. H. GIBBS: *History of the Second World War*, vol. I: *Grand Strategy: Rearmament Policy*, Londres, 1976).

Sobre el *sea-power*, cfr. A. T. MAHAN: *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, Nueva York, 1890; ID.: *The Interest of America Seapower. Present and Future*, Boston, 1896.

Sobre el *air-power*, cfr. G. DOUHET: *Il Comando dell'aria*, Roma, 1921; A. DE SEVERSKI: *Victory through Air Power*, Nueva York, 1942; cfr. también E. WARNER: «Douhet, Mitchell, Severski: Theories of Airfare», en *Makers of Modern Strategy*, a cargo de E. M. EARLE, Princeton, 1943, págs. 485-503.

(39) Los puntos de referencia, habitualmente considerados como tales, en la evolución del compromiso estadounidense son individuables en el discurso de Roosevelt de la «cuarentena», ya recordado, en el discurso de Charlottesville, pronunciado el 10 de junio de 1940, en el momento en que Italia entró en la guerra, para finalizar con el discurso de 29 de diciembre de 1940, en el que los Estados Unidos se declaraban el «arsenal de las democracias» (cfr., respectivamente, F. D. Roosevelt's *Address at Charlottesville, Virginia*, en *Documents of American History*, a cargo de H. S. COMMAGER, 6.ª ed., Nueva York, 1958, págs. 610-612, y *President Roosevelt's "Arsenal of Democracy" Address*, en *Peace and War*, páginas 83-84; cfr. además W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 530-532, y D. M. NELSON: *Arsenal of Democracy*, Nueva York, 1946).

(40) Cfr. G. MAMMARELLA: *op. cit.*, pág. 11. Sobre el reforzamiento de los poderes presidenciales, cfr. A. M. SCHLESINGER (Jr.): *The Imperial Presidency*, Nueva York, 1973.

(41) Cfr. telegrama de Bullit a Hull, núm. 803 (22 de mayo de 1940), FRUS, I, pág. 232; C. HULL: *op. cit.*, pág. 769; USWA, págs. 284-299; C. A. SANTORO: *op. cit.*, págs. 241, 245-247; M. D. HAYES: *op. cit.*; S. E. HILTON: *Hitler's Secret War in South America, 1939-1945*, Nueva York, 1981; A. FRYE: *Nazy Germany and the American Hemisphere*, New Haven, 1967; A. HILLGRUBER: *La política estera*

gran medida de la opinión pública americana, ésta continuaba exigiendo garantías precisas para una neutralidad que no se quería abandonar y se aferraba a un mito nacionalista que, bajo el *slogan*-programa *America First* y *Fortress America*, expresaba emotivamente el orgullo de una nación obstinada todavía en la creencia de la autosuficiencia e independencia económica del país, considerado, ilusoriamente, extraño e impenetrable a cualquier forma de injerencia procedente del otro lado del océano (42).

A la espontánea corriente de simpatía que empujaba con fuerza a la opinión pública en favor de los aliados (43) no seguía una visión unitaria de la política a desarrollar, de manera que, incluso en los primeros meses de 1940, la Administración, estimulada por la diplomacia, considerará viable el cierre de las hostilidades mediante una paz negociada por los países beligerantes (44).

El mismo apoyo otorgado por la corriente aislacionista al programa de rearme de Roosevelt se correspondía en líneas generales con la visión continental del esfuerzo de *Total Defense*, en la lógica del más amplio *Industrial Mobilization Plan*, preparado a principios de los años veinte (45) para una eventual necesidad de movilización general. Fue, paradójicamente, la voluntad de preservar la neutralidad del país la que permitió el cambio de óptica de la opinión pública a partir del verano de 1940, cuando, a través del trabajo de los *White's Committees*, comenzó a filtrarse la

nazional-socialista tra il 1933 y el 1941, en *L'Italia tra tedeschi e alleati*, a cargo de R. DE FELICE, Bolonia, 1973.

El Japón y su expansión por el Pacífico era otra de las preocupaciones como lo prueba el despliegue, desde abril de 1940, de la flota en la base de Pearl Harbor, «en función disuasoria», seguida, a los pocos meses, por el despliegue de numerosos B-17 en Filipinas (cfr. C. M. SANTORO: *op. cit.*, pág. 170, nota 11; *Pearl Harbor as History. Japanese-American Relations, 1931-1941*, a cargo de D. BORG-S. OKAMOTO, Nueva York, 1973; *The Axis Grand Strategy*, a cargo de L. FARAGO, Nueva York, 1942).

(42) A estas ansiosas y apremiantes peticiones la Administración respondió con la «zona de seguridad», instituida en la conferencia panamericana de Panamá, el 2 de octubre de 1939, y con las tranquilizantes garantías de mantener al país fuera de cualquier posible conflicto que se desarrollara al otro lado del océano presentadas en el discurso anual al Congreso de 3 de enero (cfr. *Peace and War*, pág. 69, y *The Declaration of Panama*, en *Documents of American History*, cit., págs. 599-600).

Para los caracteres más generales, cfr. R. A. DIVINE: *The Illusion of Neutrality*, Chicago, 1962; C. A. MACDONALD: *The United States, Britain and Appeasement, 1936-1939*, Nueva York, 1981; J. V. COMPTON: *The Swastika and the Eagle. Hitler, United States and the Origins of the Second World War*, Londres, 1967; ID., a cargo de *America and the Origins of the Cold War*, Boston, 1972.

(43) Como prueban los sondeos semanales de Gallup en *Public Opinion Quarterly* (octubre 1939) y *Public Opinion, 1935-1936*, a cargo de N. CANTEIL-M. STRUNK, Princeton, 1951; *The Gallup Poll/Public Opinion 1935-1971*, a cargo de G. H. GALLUP, vol. I, Nueva York, 1935-1948, págs. 226-231; M. LEIGH: *Mobilising Current. Public Opinion and American Foreign Policy, 1937-1947*, Westpoint, 1976.

(44) A través de las misiones de Myron Tylor ante Pío XII, del subsecretario de Estado Sumner Welles, durante febrero y marzo de 1940, ante los Gobiernos de Londres, París, Roma y Berlín, y los mensajes personales enviados por Roosevelt a Mussolini, durante abril y mayo, al menos para limitar el conflicto con la neutralidad de Italia (cfr. S. WELLES: *Ore decisiva*, trad. ital., Roma, 1945. Una síntesis de la misión de Welles, también en *Peace and War*, págs. 69-70).

(45) Cfr. R. E. SMITH: *op. cit.*, págs. 81 y sigs., 132. Sobre el rearme con objeto meramente defensivo, cfr. también R. DALLEK: *op. cit.*, págs. 228 y sigs..

tesis de que el mejor modo para garantizar la neutralidad de América era ayudar a los aliados a ganar la guerra (46).

Junio de 1940 representó «la línea divisoria fundamental en el bienio de neutralidad americana» (47), porque en aquel momento se inició una reconsideración de la situación internacional que permitió la puesta en marcha de aquel lento, pero irreversible, proceso evolutivo que, entre notables tensiones, inciertos recorridos, orientaciones alternas, esperanzas y desilusiones, conducirá a los Estados Unidos, aprovechando la oportunidad de la confrontación militar, a asumir los rasgos definitivos y la responsabilidad de gestión de una potencia mundial (48). Si junio de 1940 puede destacarse como el inicio del restablecimiento de un renovado internacionalismo americano, incluyendo su aspecto de «internacionalismo militante» (49), carente de

(46) Cfr. C. M. SANTORO: *op. cit.*, págs. 151-152; M. LEIGH: *op. cit.*, págs. 63 y sigs.

Sobre el Committee for Peace through the Revision of Neutrality Laws de octubre de 1939 y sobre el más importante Committee to Defend America by Aiding the Allies, constituido en mayo de 1940, ambos promovidos por William Allen White, no siendo posible aquí dar una relación completa, se envía a los estudios esenciales del ya citado W. L. LANGER-S. E. GLEASON; M. L. CHADWIN: *The Warhawks. American Internationalists before Pearl Harbor*, Nueva York, 1968, págs. 133-134; G. S. SMITH: *To Save a Nation. American Counter Subversives. New Deal and the Coming of World War II*, Nueva York, 1973, págs. 164-165; D. HINSHAW: *A Man from Kansas. The Story of William Allen White*, Nueva York, 1945; J. JERNINGAN: *William Allen White*, Boston, 1983; W. J. JOHNSON: *The Battle Against Isolation. W. A. White's Biographer Wrote this History of the Committee to Defend America by Aiding Allies*, Chicago, 1944; ID.: *William Allen White's America*, Nueva York, 1947, y la autobiografía de WHITE: *The Autobiography of William Allen White*, Nueva York, 1946.

(47) C. M. SANTORO: *op. cit.*, pág. 49; cfr. también R. A. DIVINE: *The Illusion of Neutrality*, cit.; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *The Undeclared War, 1940-1941*, Nueva York, 1953, y la literatura de la época de tendencia opuesta como A. W. DULLES-H. F. ARMSTRONG: *Can We Be Neutral?*, Nueva York, 1935; ID.: *Can America Stay Neutral?*, Nueva York, 1939; C. A. BEARD: *A Foreign Policy for America*, Nueva York, 1940; H. C. HOOVER: *Shall We Send Our Youth to War?*, Nueva York, 1939.

(48) Cfr. M. LEIGH: *op. cit.*, págs. 62 y sigs.; C. M. SANTORO: *op. cit.*, pág. 153 y *passim*; R. B. LEVERING: *The Public and American Foreign Policy, 1918-1978*, Nueva York, 1978; G. PERRETT: *Days of Sadness, Years of Triumph. The American People 1939-1945*, Nueva York, 1973.

(49) En varios periódicos americanos fue publicado, en junio de 1940, la declaración *A Summons to Speak Out*, donde se afirmaba la necesidad de que Estados Unidos entrara inmediatamente en guerra con Alemania, independientemente de provocaciones o ataques directos contra el país. (Sobre el texto, cfr. M. L. CHADWIN: *op. cit.*, págs. 279 y sigs.) La declaración fue suscrita por numerosos integrantes del Council on Foreign Relations, como Shepard y Miller, revelándose además autorizadas expresiones de las posiciones del grupo político de War and Peace Studies Project, que de aquel «singular laboratorio» de datos e ideas sobre el internacionalismo que fue el Council, representaba el vértice más avanzado y «de más amplias miras», que tanto tuvo que ver con la mutación radical de la política exterior estadounidense, entre 1939 y 1945 (cfr. C. M. SANTORO: *op. cit.*, cuyo trabajo de análisis, fundado precisamente en la cuidada selección de documentos del Council on Foreign Relations —constituido por borradores de programas, proyectos no elaborados completamente, memorándums no utilizados políticamente—, resulta de altísimo «valor en la búsqueda metódica» del conocimiento de la cultura política internacionalista, lo que le coloca junto a los instrumentos clásicos como documentos diplomáticos y oficiales).

Para una reconstrucción de los caracteres del nuevo internacionalismo de los años cuarenta, de la matriz idealista del pensamiento wilsoniano, al experimento internacionalista que fue la Sociedad de las Naciones, hasta la más madura elaboración de un verdadero y propio programa teórico que se obtendrá con la Carta Atlántica y con la Carta de San Francisco (cfr. R. A. DIVINE: *Second Chance...*, cit., con

impedimentos para una intervención militar que pusiera fin a la crisis europea, y si la causa de la «neutralidad activa» salió reforzada con la aportación de los nuevos apoyos de la prensa progresista y del Partido Republicano, de la *Business Community* y de parte del *establishment* de la Costa Oriental (50), tras el impacto violento suscitado por el cariz de los acontecimientos bélicos del frente occidental y de los sucesos franceses en particular (51); tampoco puede olvidarse que, en el plano nacional, el aislacionismo no resultará debilitado, irreductible sobre todo en el Senado y en las zonas internas del Midwest (52).

bibliografía en la pág. 316; R. B. RUSSELL: *A History of United Nations Charter. The Role of United States, 1940-1945*, Washington, 1958; ID., a cargo de *The Charter of the United Nations*, Washington, 1958; J. M. BLUM: *Woodrow Wilson and the Politics of Morality*, Boston, 1956; H. HOOVER: *Ordeal of Woodrow Wilson*, Nueva York, 1958; A. S. LINK: *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, Nueva York, 1954; ID.: *Wilson the Diplomatist*, Nueva York, 1957; J. M. BURNS: *op. cit.*, pág. 58; J. B. DUROSELLE: *op. cit.*, págs. 402-408; R. H. PELLIS: *The Liberal Mind in a Conservative Age. American Intellectuals in the 1940s and 1950s*, Nueva York, 1985; *L'eta progressista negli Stati Uniti*, a cargo de A. TESTI, Bolonia, 1984.

(50) Cfr. R. N. STROMBERG: «American Business and the Approach of War, 1935-1941», en *The Journal of Economic History*, vol. 13, núm. 1 (1953), págs. 58-78; W. A. WILLIAMS: *The Roots of the Modern American Empire*, Nueva York, 1969; ID., a cargo de *From Colony to Empire. Essays in the History of American Foreign Relations*, Nueva York, 1972; D. S. MCCLELLAN-C. E. WOODHOUSE: «The Business Elite and Foreign Policy», en *Western Political Quarterly*, vol. 13 (marzo 1960), páginas 172-190. Cfr. también L. y M. SILK: *The American Establishment*, Nueva York, 1980; L. H. SHOUP-W. MINTER: *op. cit.*; G. E. WHITE: *The Eastern Establishment and the Western Experience*, New Haven, 1968.

Para el examen del rol desarrollado y de la contribución realizada por la prensa y los *mass-media* en el debate político e intelectual de la América de los años 1940-1941, cfr. R. W. STEELE: «The Great Debate. The Media and the Coming of the War, 1940-1941», en *The Journal of American History*, vol. 71, núm. 1 (1984), págs. 69-92, con bibliografía; B. C. COHEN: *The Press and Foreign Policy*, Princeton, 1953; ID.: *The Influence of Non-Governmental Groups and Foreign Policy*, Boston, 1979; J. J. MARTIN: *American Liberalism and World Politics 1931-1941. Liberalism's Press and Spokesmen on the Road Back to War between Mukden and Pearl Harbor*, 2 vols., Nueva York, 1964.

(51) Entre los numerosos estudios que han analizado la particular reacción suscitada en la opinión pública americana por la caída de Francia, cfr. H. LOUIS: «Réactions américaines à la défait française de 1940. Temoignages et documents», en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, XXX, núm. 119 (1980), págs. 1-16, y los ya citados trabajos de W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *La sfida all'isolazionismo y The Undeclared War*; R. DALLEK: *op. cit.*; G. PERRETT: *op. cit.* Cfr. además J. M. BLUM: *From the Morgenthau Diaries. The Years of War (1941-1945)*, Boston, 1967; C. C. TANSILL: *America Goes to War*, Boston, 1938; ID.: *Back Door to War. The Roosevelt Foreign Policy, 1933-1941*, Chicago, 1952; C. A. BEARD: *American Foreign Policy in the Making 1932-1940*, New Haven, 1946; ID.: *President Roosevelt and the Coming of the War, 1941*, New Haven, 1948; A. K. WEINBERG: «The Historical Meaning in the American Doctrine of Isolation», en *American Political Science Review*, vol. 34, págs. 539-547.

(52) Será, en efecto, en los meses veraniegos de mayo y junio cuando el debate entre aislacionistas y defensores de la «neutralidad activa» alcanzará su máxima intensidad.

Los propios ambientes militares fueron alcanzados por la doble presión de las posiciones más intransigentes de la America First Committee, resuelta «to stay clear of foreign quarrels» (F. C. POGUE: *George C. Marshall*, 2 vols., Nueva York, 1956, I: *Ordeal and Hope, 1939-1942*, págs. 120 y sigs.) y de la creciente adhesión a la política de apoyo a Gran Bretaña, posición compartida por el propio Marshall, como vía en cualquier caso subordinada a la consideración prioritaria del superior interés americano (*Ibidem*, págs. 121, 140 y sigs.).

La opciones políticas estarán, por consiguiente, condicionadas «por los límites de la cultura» americana (53), tanto durante el conflicto como, sobre todo, durante el desarrollo de aquella *phoney war* (la *drôle de guerre française*), en que las condiciones para la alianza militar con Francia se revelaron irrealizables (54). Roosevelt lo manifestó claramente a los representantes franco-británicos el 15 de junio, cuando precisó que insistir en una política intervencionista en aquel momento significaría destruir su Gobierno en vísperas electorales, por muchos motivos, el más importante desde 1860 (55). En este contexto madura la misión secreta ante Roosevelt que

Crispadas disputas en este sentido no faltaron ni siquiera en el Departamento de Marina y en el de Guerra, dividido entre el aislacionismo radical del secretario Harry H. Woodring y el intervencionismo del subsecretario Louis A. Johnson, favorable a un proyecto de rearme total (cfr. *La seconda guerra mondiale nei documenti della Casa Bianca*, cit., I, págs. 58-75. Sobre el aparato militar en general, cfr. P. Y. HAMMOND: *Organizing for Defense. The American Military Establishment in the Twentieth Century*, Princeton, 1961; *Military Force and American Society*, a cargo de B. M. RUSSETT-A. STEPAN, Nueva York, 1973).

Entre los numerosos estudios del período se recomienda principalmente a S. ADLER: *The Isolationist Impulse. Its Twentieth Century Reasons*, Nueva York, 1957; R. A. BILLINGTON, «The Origins of Midwestern Isolationism», en *Political Science Quarterly*, vol. IX (marzo 1945), págs. 44-64; W. S. COLE: *American First. The Battle Against Intervention, 1940-1941*, Madison, 1953; ID.: «American Entry into World War II. American Historiographical Appraisal», en *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 43 (marzo 1957), páginas 595-617; ID.: *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Relations*, Minneapolis, 1962; ID.: *Charles A. Lindbergh and the Battle Against Intervention, 1939-1941*, Nueva York, 1974; ID.: *Roosevelt and the Isolationists, 1932-1945*, Lincoln, 1983; *Isolation and Security*, a cargo de A. DE CONDE: Durham, 1957; ID.: *Encyclopedia of American Foreign Policy, Studies of the Principal Movements and Ideas*, 3 vols., Nueva York, 1978; J. D. DOENECKE: *The Literature of Isolationism. A guide to Non-Interventionist Scholarship, 1930-1972*, Colorado Springs, 1972; F. DRUMMOND: *The Passing of American Neutrality 1937-1941*, Ann Arbor, 1955; J. B. DUROSELLE: *op. cit.*; B. FENSTERWALD (Jr.): «The Anatomy of American Isolationism and Expansionism», en *The Journal of Conflict Resolutions*, vol. 2 (junio 1958), págs. 111-139 (diciembre 1958), págs. 280-309; M. JONAS: *Isolationism in America, 1935-1941*, Ithaca, 1966; C. A. LINDBERGH: *Autobiography of Values*, Nueva York, 1977; L. N. RIESELBACH: *The Roots of Isolationism. Congressional Voting and Presidential Leadership in Foreign Policy*, Nueva York, 1966; R. W. TUCKER, *De L'isolationisme américain. Menace ou espoir?*, ed. francesa, París, 1973; J. E. WILTZ: *From Isolation to War, 1931-1941*, Nueva York, 1968; C. C. ALEXANDER: *Nationalism in American Thought, 1930-1945*, Chicago, 1969; N. A. GRABNER: *The New Isolationism. A Study in Politics and Foreign Policy Since 1956*, Nueva York, 1956.

(53) J. M. BLUM: *From the Morgenthau Diaries*, cit, pág. 6. Cfr. además S. TERKEL: *Hard Times. An Oral History of the Great Depression*, Nueva York, 1971; ID.: *The Good War. A Oral History of World War Two*, Nueva York, 1984; R. POLENBERG: *War and Society. The United States 1941-1945*, Filadelfia, 1972; G. PERRETT: *op. cit.*; G. A. ALMOND: *The American People and Foreign Policy*, Nueva York, 1950; T. A. BAILEY: *The Man in the Street. The Impact of American Public Opinion on Foreign Policy*, Nueva York, 1948; *Public Opinion and Foreign Policy*, a cargo de L. MARKEL, Nueva York, 1949; A. S. MILDWARD: *War, Economy and Society, 1939-1945*, Bekerley y Los Angeles, 1977; J. N. ROSENAU: *Public Opinion and Foreign Policy*, Nueva York, 1967; *F. D. Roosevelt: il presidente e l'opinione pubblica*, a cargo de D. FREZZA, Siena, 1982.

(54) Cfr. R. J. YOUNG: *In Command of France, French Foreign Policy and Military Planning, 1933-1940*, Cambridge, 1979; *Churchill and Roosevelt. The Complete Correspondance*, a cargo de W. F. KIMBALL, 3 vols., Princeton, 1984, I: *Alliance Emerging. October 1933-November 1942*, doc. C-18x, 15 de junio de 1940, págs. 51-52.

(55) Cfr. S. E. MORISON-H. S. COMMAGER: *op. cit.*, págs. 890-894; L. WOODWARD: *op. cit.*, páginas 64-65, 80-81. Parece que incluso Roosevelt se había impacientado por las continuas demandas fran-

se encargó a René de Chambrun, y de la que se está en condiciones de aportar datos inéditos, al haber dispuesto de las notas que Chambrun recogió de aquella experiencia, cuyo interés es comprensible como exposición de hechos y opciones políticas claves que, aunque asumirán connotaciones definitivas en el inmediato período posbélico, encontrarán, en aquel verano de 1940, todos sus elementos esenciales y las más sutiles articulaciones.

El conde René de Chambrun, integrante de una de las más antiguas familias de Francia, descendía de La Fayette y, en línea materna, estaba emparentado con Theodore Roosevelt y era sobrino de Longworth, ex presidente de la Cámara de los Representantes de los Estados Unidos, ostentando por ello la ciudadanía americana, en el Estado de Maryland.

Una vieja amistad le unía a Pétain a través de su padre, el conde y general Adalbert de Chambrun, que había compartido con el mariscal importantes momentos. En 1917, cuando, todavía coronel, le habían sido confiadas las conexiones con el general Pershing; más tarde, en 1925, durante la guerra del Rif, al mando de las tropas de cobertura frente a Fez; y en octubre de 1931 cuando, con la delegación francesa, había acompañado a Pétain, embajador especial en representación de Francia, a las celebraciones del 150 aniversario de la Guerra de Independencia americana, culminadas con la conmemoración en Yorktown, en Virginia, de la batalla que vio la victoria franco-americana sobre las tropas inglesas (56).

De 1930 a 1935, René de Chambrun había vivido en los Estados Unidos, ejerciendo como abogado en el foro de Nueva York y en el Tribunal Supremo.

Tras su vuelta a Francia se había casado, en agosto de 1935, con la hija de Laval, Joséé, en lo que constituía, al menos en las intenciones de Laval, el vínculo perfecto para conectar con Pétain (57). Desde 1935, René tuvo frecuentes contactos, cada dos o tres semanas, con Pétain, cuando éste estaba en París, al tiempo que compatibilizaba su responsabilidad como embajador de Francia en España. Chambrun, en efecto, había fundado aquel mismo año la *Office Française de Renseignement*, con

cesas de intervención militar. Cfr. DEBYSER: «La défaite militaire française et l'armistice vus de Washington (d'après les Memoires de Mr. Cordell Hull)», en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, 1951, núm. 3, pág. 69, en que se cuenta este dato extraído de una conversación mantenida entre el secretario de Estado Cordell Hull y el ministro australiano Casey.

(56) Cfr. E. LAURE: *op. cit.*; R. DE CHAMBRUN: *Général Comte de Chambrun sorti du rang*, París, 1980. Precisamente con ocasión de este viaje a Nueva York, el 24 de octubre, Pétain se encontró, por primera y única vez, con Roosevelt, entonces gobernador del Estado de Nueva York, en una banquete organizado por las asociaciones franco-americanas (cfr. *New York Times*, 24 y 25 de octubre de 1931). En aquel mismo viaje y siempre en Nueva York, Pétain conoció también a Laval, entonces primer ministro en visita al presidente americano Hoover, con quien debía discutir problemas económicos y de seguridad (cfr. A. MALLET: *Pierre Laval*, 2 vols., París, 1954-1955, I: *Des années obscures à la disgrâce du 13 décembre 1940*, pág. 135; H. LOTTMANN: *op. cit.*, pág. 110).

(57) Cfr. A. MALLET: *op. cit.*, I, pág. 135; cfr. también H. COLE: *Laval*, Londres, 1963.

René de Chambrun negó en cualquier caso haber actuado, en todos sus contactos con Pétain, como intermediario entre éste y su suegro. (cfr. G. WARNER: *Pierre Laval and the Eclipse of France*, Londres, 1968).

sede en Nueva York, y colocado al frente de su presidencia al propio Pétain (58).

Los objetivos de la organización se determinaron mejor justo después del estallido de la guerra, en una reunión mantenida en París por el grupo dirigente en el que figuraba también André Maurois, el escritor, quien, inmediatamente después de la campaña de Bélgica, primero en Londres y después en Nueva York, se pondrá en movimiento para propagar y difundir informaciones sobre la situación francesa (59).

La *Office*, sin convertirse en el centro oficial de propaganda, debía intensificar la labor de sensibilización de la opinión pública americana en favor de Francia, aprovechando, en particular, al grupo neoyorquino de los sesenta ciudadanos americanos del comité promotor, entre quienes se encontraban hombres como Clarence Dillon, Walter Lippmann, Roy Howard, que controlaba la *United Press*, Eugene Meyer, Henry Luce, propietario de la cadena *Time-Life*, Nicholas Murray Butler, rector de la *Columbia University*.

Se preveía, por tanto, la constitución de una red de información paralela al departamento de información del Gobierno francés, a quien la OFR habría podido enviar informes sobre el estado en que se encontraba la opinión pública americana y consejos para llevar a cabo campañas de propaganda en apoyo de Francia.

El propio Pétain envió una carta a los directores de la OFR en que expresaba su satisfacción por estos programas y manifestaba su preferencia por que se otorgara la dirección del centro a Adalbert de Chambrun, ya en Nueva York, en vez de a su hijo René, para quien se solicitó la desmovilización con objeto de que pudiese organizar mejor la actividad de la OFR (60).

René de Chambrun era, en realidad, teniente de infantería en la línea Maginot, y siendo inminente el ataque del 10 de mayo, fue nombrado capitán y oficial de conexión entre el ejército francés y el cuerpo expedicionario británico (61). Fue precisamente en este puesto donde pudo seguir de cerca las operaciones inglesas en Francia y darse cuenta de la sólida capacidad de resistencia de la defensa antiaérea británica en relación con el potencial ofensivo real de la *Luftwaffe*, juzgado insuficiente como para poder realizar un ataque directo sobre Gran Bretaña. Mediante los numerosos interrogatorios a los pilotos de los Stukas, derribados en los vuelos a baja altura por la D. C. A. inglesa, Chambrun se convenció de que la aviación alemana, suficientemente fuerte como para aplastar a Francia, no lo era tanto como para poder

(58) Testimonio personal de René de Chambrun en A. MALLET: *op. cit.*, I, pág. 135; Cfr. también LOTTMANN, *op. cit.*, pág. 129.

(59) El mismo Maurois habla de un explícito encargo recibido en tal sentido por el ejército francés, después de la misión militar francesa a Londres y de De Gaulle (cfr. A. MAUROIS: *Portrait d'un ami qui s'appellait moi*, París, 1959, págs. 35-36; y ID.: *Come la Francia ha perduto la guerra*, Milán, 1940, página 1624). Un juicio más bien crítico sobre el traslado de Maurois a los Estados Unidos es expresado por Mario Costa, para quien el único objetivo del escritor era el «de embarcarse hacia lugares más seguros» (*op. cit.*, pág. 101).

(60) Cfr. *Archives Nationales*, París, W-III, 287.

(61) Cfr. R. DE CHAMBRUN: *Notes et Souvenirs relatifs à ma mission aux États-Unis, juin, juillet, août 1940*, dattiloscritto, pág. 1.

apoyar una ofensiva contra Inglaterra, que había conservado una aviación de combate más potente (62).

El mismo día de su vuelta a París, después de la evacuación de Dunkerque a Londres, Chambrun tuvo una entrevista con el embajador americano Bullit, al que expuso su opinión sobre la imposibilidad de que Alemania invadiera Gran Bretaña.

De este encuentro surgió la misión de De Chambrun. Bullit consiguió que se le nombrara inmediatamente agregado militar adjunto de la embajada francesa en Washington y le encargó que partiera inmediatamente para informar a Roosevelt, que se encontraba muy preocupado sobre el curso de la guerra. De la misión fueron informados, por el embajador americano, Reynaud, Weygand y el presidente de la República, Albert Lebrun, que, al despedirse, confió a René de Chambrun un mensaje personal para el presidente americano (63).

De Chambrun llegó a Nueva York, vía Lisboa, el miércoles 12 de junio, exactamente a las cinco de la tarde.

Durante el viaje tomó contacto con el comandante Gentil, que se encontraba también a bordo del hidroavión de la Pan Am, enviado a los Estados Unidos como miembro de la Comisión de Adquisiciones en Nueva York. A través de este primer contacto, De Chambrun comenzó a formarse un cuadro claro y desilusionante de la política de compras seguida por Francia en los Estados Unidos. Francia habría debido sacar provecho de las inmensas posibilidades ofertadas por la industria americana para la fabricación de productos manufacturados en lugar de comprar, de forma indiscriminada, toneladas de bienes de equipo destinados a modernizar con mucha lentitud la industria francesa, crítica por otra parte que no era nueva en la política de compras francesas (64).

Desde 1939 Jean Monnet, presidente del comité de coordinación anglo-francés, encargado de dirigir los aspectos económicos del esfuerzo militar, había comprado a los Estados Unidos 600 aviones de combate, con una opción para otros 1.600 en 1940 (65). La caída de Francia, con la entrega apenas iniciada, impidió la continuación de acuerdos sobre abastecimiento bélico, hasta tal punto que los aviones fueron destinados a Inglaterra y el mismo Monnet fue enviado por Churchill a Washington como miembro de la misión inglesa para la adquisición de material bélico, perdiendo así la comisión francesa homóloga los contactos imprescindibles ante los grandes industriales americanos, «razón que la había empujado a servirse de la bandera inglesa» (66). La falta de «un núcleo de amigos y consejeros americanos» que habría podido evitar a la comisión francesa «peligrosos contactos con industriales de segundo rango», operación realizada negligentemente por el propio embajador de Saint-Quentin, se agravó quizás debido a una serie de discrepancias que dividieron

(62) *Ibidem*. Fueron cerca de cuatrocientos los pilotos alemanes capturados según afirmó CHURCHILL (*op. cit.*, pág. 183) y confirmó DE GAULLE (*op. cit.*, I, pág. 69).

(63) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 1.

(64) *Ibidem*, pág. 2. Cfr. A. MAUROIS: *Come la Francia ha perduto la guerra*, cit., págs. 1524, 1590.

(65) Cfr. D. COOK: *op. cit.*, pág. 118.

(66) *Ibidem*, pág. 105; R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 2.

a la propia directiva de la comisión. Nada ocultó Gentil a De Chambrun, a quien manifestó que, a causa de los desacuerdos habidos entre Bloch-Laine, jefe de la misión de compras, y Garreau-Dombale, consejero económico de Francia en los Estados Unidos, la comisión no había logrado abrir su propia sede en el Centro Rockfeller y había debido instalarse en la zona baja de la ciudad, en el número 15 de Broad Street (67).

Me he abstenido —afirma De Chambrun (68)— de comentar al comandante Gentil el objeto de mi misión, por otra parte secreta, ante el presidente Roosevelt, pero le he comunicado que estaría a su completa disposición para ayudarlo a constituir, con el visto bueno de la comisión de compras, una especie de comité de personalidades americanas consagradas desinteresadamente a Francia, que podrían dedicar sus esfuerzos a nuestro país y llevar a la comisión su concurso y experiencia. También le he hecho saber al comandante Gentil que la OFR en los Estados Unidos, de la que era fundador, su comité de acción y los representantes americanos de su Consejo de Administración, estarían con seguridad dispuestos a trabajar en este sentido.

Los primeros contactos con la Embajada francesa no fueron alentadores. Saint-Quentin estuvo «reticente y vacilante, dando la impresión, anota De Chambrun (69), de no darse cuenta de lo que sucede en las calles francesas. Tiene miedo de su sombra y la idea de llamar a la Casa Blanca le parece imposible. Me aconseja que le confíe el problema, apuntándome que debe ir al día siguiente por la tarde al Departamento de Estado para solicitar que se discutiera el Protocolo del Tratado, etc. Añade que siendo yo agregado militar adjunto, mi superior directo debe estar vinculado a esta intervención. En un momento tan trágico, donde la rapidez de acción es prioritaria, todos estos procedimientos me parecen increíbles..., pero probablemente está contrariado por mi llegada, por la iniciativa tomada por Bullit y por el Gobierno francés, sin haberlo consultado previamente.

Fue probablemente Bullit, conforme a lo acordado con De Chambrun, quien informó de su llegada a Roosevelt, con un telegrama o quizá también por teléfono, porque, a las 23,20 del 12 de junio fue personalmente la secretaria del presidente, la señora Le Hand, quien telefonó a De Chambrun y le informó del deseo de Roosevelt de encontrarse lo antes posible. Se tomaron las medidas necesarias para que De Chambrun pasara el fin de semana en el *Potomac* con Roosevelt. Se fijó un encuentro previo el viernes, a última hora de la mañana, y De Chambrun tuvo así ocasión de ponerse a disposición de sus dos superiores, el agregado militar y el embajador (70).

Desde los primeros días de su estancia en los Estados Unidos, René de Chambrun se dio cuenta de que la situación francesa se contemplaba con pesimismo no

(67) *Ibidem.*

(68) *Ibidem*, pág. 3.

(69) *Ibidem*, pág. 5.

(70) *Ibidem*, pág. 6.

sólo en los ambientes americanos, sino también entre los mismos franceses, como los miembros de la misión de compras Bloch-Laine, Bizot, Quellenec y d'Ornano, y percibió que estaban ya difundándose duras críticas contra el Gobierno francés (71).

El viernes 14 de junio, tras el encuentro con el embajador francés, cuya acogida fue bastante diferente tras la llamada directa desde la Casa Blanca, De Chambrun tuvo la primera entrevista con el presidente Roosevelt. Desde las 12,15 hasta un poco antes de las 13, De Chambrun expuso al presidente todas las razones por las que podía descartarse la hipótesis de una posible invasión alemana de Gran Bretaña.

La segunda entrevista tuvo lugar aquella misma tarde, en el *Potomac*, donde De Chambrun pasó el fin de semana con el presidente, la secretaria, Harry Hopkins, Averell Harriman y su mujer (72).

Fue precisamente a bordo del *Potomac* cuando les llegó la noticia de que los alemanes habían cruzado el Sena a la altura de París y avanzaban hacia el Loira. El presidente quedó profundamente afectado por la noticia, que comentó con amargura:

René, la representación está acabada, y añadió: no creo que Gran Bretaña pueda resistir.

Respondo que, por desgracia, tiene razón en lo que se refiere a Francia, pero que, en mi opinión, se equivoca completamente en cuanto a Gran Bretaña.

Retomo entonces mi breve discurso del mediodía y hago una exposición de más de una hora. Comienzo resumiendo la memoria presentada previamente al general Weygand. Añado que si se tuvo el error de minimizar la fuerza del Reich durante el período de la *drole de guerre*, no es el caso ahora de andar en sentido opuesto y creer que Alemania sea invencible. Durante la *drole de guerre*, Inglaterra había cometido un grave error psicológico describiendo la situación en términos demasiado halagüeños. En este momento, en Washington, sus representantes cometen el error opuesto, presentando una situación desesperada con objeto de recibir una ayuda «desesperada». Se conoce a la aviación alemana mucho mejor de lo que se cree y

(71) Todos creen que la guerra está virtualmente perdida y que Inglaterra no resistirá nunca... Todos parecen bastante desanimados. Les hago saber mis razones para aguantar. Bloch-Laine se congratula de verme desempeñar un papel de intermediario entre la comisión y los departamentos de la Marina, de la Guerra y del Tesoro... (*Ibidem*, pág. 7).

El comité de acción de la OFR se reúne a las dieciocho horas (del jueves 13 de junio). Expongo mi punto de vista en lo que se refiere a Inglaterra... Pierre Cartier está presente en la reunión. Me habla del embajador y se apena de que algunos miembros de la colonia francesa (Garreau-Dombale, Valeur) provoquen posiciones tan antifrancesas y hagan prevalecer sus rencores personales sobre el interés general (*ibidem*).

De estas críticas, de las que el mismo había sido objeto mientras estaba al frente, De Chambrun había sido informado también por Clarence Dillon, administrador de la oficina, durante la cena del miércoles 12 de junio, celebrada con él para discutir sobre las actividades de la organización (*ibidem*, pág. 5) que resultaba muy sólida y eficiente sobre todo gracias a la dirección de Le Branchu y Vulliet (*ibidem*, página 7).

(72) *Ibidem*, págs. 8-9.

demuestro porque creo que un desembarco en Inglaterra es imposible en los meses venideros.

La aviación defensiva inglesa, a bajo radio de acción, es eficaz. La moral es buena y la determinación, en la patria, es firme. Si Francia consigue conservar su flota y si América aprovisiona a Inglaterra de víveres y bombarderos verá el día en que serán posibles incursiones aéreas sobre Alemania, en su región más vulnerable, el Ruhr.

A medida que los presento, mis argumentos parecen impresionar a Roosevelt y siento crecer en mí la confianza de la tesis que sostengo.

A un cierto punto, el presidente me dice: «René, me has convencido», y tras un momento de reflexión añade: «Le pediré que asuma una importante misión, convencer a este país.» A lo que respondo: «Esto es una tarea más difícil, señor presidente, porque hay 150 millones de americanos y todos parecen creer en la victoria de Alemania» (73).

El propio Roosevelt antes de la cena seleccionó un elenco de las personalidades que juzgaba más importantes, sobre un impreso telegráfico del *Potomac*, que he conservado. Helo aquí transcrito:

Hull, Morgenthau, Jackson, Wallace, Ickes, Hillman, Green, Knutsen, Stettinius, Frankfurter, Lamont, La Guardia, Bakerley, Byrnes, Taft, McNary, Martin, Pittman, Patterson, Baruch, general Watson, Mrs. F. D. R. ...

Sugiere que vea a cada una de estas personas y añada que las convocará a través de Harry Hopkins y de la señora Lehand, que organizarán las citas.

Me dice que sólo habré de repetir lo que acabo de decir y me explica la razón: un gran esfuerzo debe realizarse antes del 18 de junio. En los puertos de Nueva York, Norfolk y Baltimore hay 450 aviones de combate, 500.000 fusiles y algunos centenares de cañones de la D. C. A. y anticarro que han sido encargados por Gran Bretaña y Francia. La victoria alemana ha provocado una oleada de pesimismo y aislamiento en el propio Gobierno y ayer mismo se ha decidido que este material —el único disponible en la actualidad en los Estados Unidos— sea reservado para la defensa de los Estados Unidos. Me alegraría si lograra convencer a los miembros del Gobierno como me ha convencido a mí, de forma que pudiéramos reconsiderar esta decisión el martes (74), día en el que estaba prevista una reunión del Consejo de Ministros.

Se decidió que De Chambrun se encontrara primero con los miembros más influyentes del Gobierno, Hull y Morgenthau.

Roosevelt parecía tan decididamente convencido por los argumentos de De Chambrun como para decir:

(73) *Ibidem*, pág. 10.

(74) *Ibidem*, págs. 11-12.

René, usted es la primera persona que he visto tras la derrota que me ha convencido a propósito de Gran Bretaña y creo que el servicio más grande que puede hacer para nuestra causa es convencer a todo el país.

... Hablamos entonces durante bastante tiempo de la cuestión de la flota. Pensamos que Paul Reynaud era todavía presidente del Consejo. Redacté el texto de un cablegrama, que mandaría al desembarcar. Este es su contenido:

Acabo de pasar dos días con el presidente y con su consejero más cercano, Harry Hopkins. Stop. Está convencido que su país, el Imperio británico y lo que mañana quedará de la flota y las colonias francesas, constituirán el único baluarte contra la dominación alemana del mundo. Stop. Como el campeón de una causa, cree de modo casi místico que los actuales acontecimientos lo convierten en el único hombre que pueda parar a Hitler. Stop. Hará todo lo posible para arrastrar consigo a la opinión pública del país y que le siga incluso en la guerra. Stop. Con dos condiciones: primera, que Inglaterra, en lugar de desmoralizar a los americanos con su propaganda derrotista, que hace el juego a la propaganda alemana, proclame que vencerá a despecho de todos los fracasos, y segundo, que Francia conserve su flota y su imperio (75).

Al regresar a Washington, el sábado 15 de junio, con un día de anticipación, dado el intenso plan de trabajo que le habían organizado a De Chambrun, sobre las 23,30 se produjo la única e importante llamada telefónica a Francia. De Chambrun habló con Reynaud y tuvo conocimiento así de los cambios gubernativos acontecidos en Burdeos, de la dimisión de Reynaud y del nuevo cargo confiado al mariscal Pétain. Seguro de no poder comunicar con Pétain, dadas las grandes dificultades en las llamadas transoceánicas, De Chambrun pidió a Reynaud que transmitiera al mariscal la opinión de Roosevelt que coincidía en considerar necesario para Francia la petición de armisticio, pero estableciendo como condición indispensable no entregar la flota «traicioneramente» al enemigo (76).

No sorprende que Roosevelt acogiera la tesis de la necesidad francesa de solicitar un armisticio. Probablemente había sido convencido en las conversaciones precedentes mantenidas con De Chambrun, quien, en sintonía con la posición de los ambientes militares francés, con Weygand y Pétain, no estimaba posible que Francia pudiese continuar la guerra y, en consecuencia, consideraba el armisticio como la única oportunidad para salir «honorablemente».

Es así evidente la conexión que se establece, desde este momento de forma definitiva, entre los dos problemas que hacen referencia a la petición de armisticio y al destino de la flota francesa y que al alinearse las posiciones anglo-americanas, fruto de las presiones ejercitadas por Churchill sobre Roosevelt, intensificadas precisamente en aquellos días, aplaza una decisión similar que quizá incautamente había

(75) *Ibidem*, pág. 13.

(76) *Ibidem*, págs. 14-15. El presidente está convencido de que no nos queda otra solución que un armisticio, para poner fin de forma honorable a la guerra en territorio francés, pero con la condición de que no se entregue la flota «traicioneramente» (*Ibidem*, pág. 15).

adoptado el Gobierno de Londres (77). Los telegramas enviados por Churchill a Roosevelt entre el 12 y el 15 de junio siguen día a día el epílogo del Gobierno de Reynaud y testimonian las solicitudes que el *premier* presenta al presidente americano a propósito del destino de la flota francesa, llamando la atención de éste con un aumento de énfasis que, desde una vaga referencia a la importancia del problema para la continuación de la guerra británica, contenido en el telegrama del 12 de junio, creció hasta la explícita declaración del 15 de junio sobre la directa dependencia para «el porvenir de los Estados Unidos» del problema francés (78).

Comienzan a delinearse en estas primeras fases de la guerra los cambios en las relaciones internacionales que encontrarán en la privilegiada relación Londres-Washington el eje sostenedor de la plataforma bélica, del que se derivará el sistema atlántico, y el centro propulsor de la redistribución de los equilibrios geopolíticos posbélicos (79).

El núcleo originario de la cooperación anglo-americana, que será la base ideo-

(77) Las dudas que quedan tras el asunto de la presentación y posterior retirada de las dos comunicaciones enviadas el 16 de junio por Churchill a Reynaud y por el ministro de Asuntos Exteriores inglés también a Reynaud, mediante el embajador Campbell, parece que pueden explicarse de una forma más lógica si se leen como resultado de un replanteamiento de carácter político. El cual habría sido causado por una observación más atenta de las efectivas consecuencias que podrían derivarse del visto bueno dado a los franceses por el Gobierno de Londres para sondear los términos de un armisticio con los alemanes.

Poco convincente parece por contra, en este caso, el testimonio de Churchill que defiende que los telegramas fueron retirados para dar mayores posibilidades de eficacia a la Declaración de unión franco-británica a la que, en verdad, Churchill y el gobierno no atribuyeron nunca demasiada importancia (cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 203-207, en donde se recogen también los textos de los telegramas y de la Declaración de Unión).

El replanteamiento de carácter político encuentra confirmación si se considera la perplejidad que suscitó la decisión en buena parte de los propios ambientes ingleses que la juzgaron inoportuna, porque permitía a Francia desvincularse del compromiso asumido con Inglaterra el 28 de marzo y dejaba vía libre para que la facción pro armisticio asumiera el control del Gobierno francés (cfr. J. C. CAIRNS: *op. cit.*, pág. 393). Sobre la reacción franco-británica, cfr. E. L. SPEARS: *op. cit.*, II, págs. 282-286, 289-291; P. REYNAUD: *Au coeur de la melée*, cit., págs. 823, 825-826; L. MARIN: «Contribution à l'étude des prodromes de l'armistice», en *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, núm. 3 (1951), pág. 15; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 180-182; ID.: *La tragédie de Mers el-Kebir*, cit., páginas 30-33; M. WEYGAND: *op. cit.*, págs. 290-291; E. HERRIOT: *Episodes 1940-1944*, París, 1950, pág. 72; C. REIBEL: *Purquoi et comment fut décidé la demande d'armistice (10-17 juin 1940)*, Vanves, 1940; A. DARLAN: *op. cit.*, pág. 66; W. L. LANGER: *Our Vichy Gamble*, cit., pág. 36; Y. BOUTHILLIER: *op. cit.*, pág. 83; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, págs. 56-57; A. FABRE-LUCE: *Journal de la France*, cit., págs. 357, 360; L. D. GIRARD: *op. cit.*, págs. 63-64.

Para una reconstrucción de conjunto de los factores que determinaron la actitud británica en paralelo a la crisis del gobierno Reynaud se recomienda el esmerado trabajo de H. LOTTMANN: *op. cit.*; R. ARON: *op. cit.*, y F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *op. cit.*, págs. 133 y sigs., con notas completas.

(78) Cfr. los textos de los telegramas en W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 179 y sigs.

(79) Basta recordar, por ejemplo, que las consultas anglo-americanas, durante la guerra precederán y serán más numerosas que las mantenidas con otros países (cfr. *Gli Stati Uniti e le origine della guerra fredda*, a cargo de E. AGA ROSSI, Bolonia, 1984; J. P. LASH: *op. cit.*; H. FEIS: *Churchill: Roosevelt, Stalin. The War They Waged and the Peace They Sought*, Princeton, 1966; M. GILBERT: *Finest Hour. Winston S. Churchill: 1939-1941*, Londres, 1983; W. F. KIMBALL: *op. cit.*).

lógica-operativa de la nueva apertura internacional de la política exterior estadounidense a nivel mundial, resurge en el momento en que, en junio de 1940, Gran Bretaña viene a asumir la posición, por razones de estrategia todavía esencialmente naval y no por motivos de afinidad político-cultural o étnico-lingüísticos, de primera línea defensiva de los Estados Unidos. La *National Security* americana dependía, en la estrategia oceánica, únicamente de la flota británica. El problema de la flota francesa fue, por tanto, el punto clave de un cuadro estratégico que, en el vacío de poder dejado por Francia y en el aislamiento de Gran Bretaña interesaba a los Estados Unidos, que se veían expuestos a las amenazas directas no sólo europeas, sino también asiáticas (80).

La primera persona, entre las indicadas por Roosevelt, con quien De Chambrun se encontró fue Knutsen, en una cena en la que participó también Harriman, y donde se discutió el problema de las ayudas a Inglaterra. Knutsen, presidente de la *General Motors*, acababa de ser nombrado jefe del *Council of National Defense*, con Stettinius, con quien De Chambrun se entrevistaría a continuación (81).

Ambos eran destacados representantes de aquella comunidad de los negocios que, anticipando incluso el proyecto estratégico-político complementario de la Administración, con ocasión de la guerra vislumbraba la posibilidad de reorganizar la economía mundial, bajo control americano, otorgando un nuevo papel a los Estados Unidos en el sistema de relaciones internacionales (82). Aprovechando la guerra, el proyecto de una *Gran Área* de libre cambio, desregionalizada y no compartimentizada, adquiriría, en efecto, un nuevo valor político. La tradicional concepción librecambista de Cordell Hull se desenvolvía ahora en el uso político de un sistema múltiple de interdependencia económica, según el diseño de la *Business Community* de la Costa Oriental, utilizado para dar solución a la crisis económica y social del país. La alianza con Gran Bretaña fue defendida en consecuencia por la América progresista, sobre la base del cálculo de las ventajas derivantes de instaurar una «especie de consorcio de gestión de la Gran Área» con predominio americano, en

(80) Cfr. los telegramas de Roosevelt a Reynaud (13 de junio de 1940) y de Churchill a Roosevelt (14-15 de junio de 1940), en W. S. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 184-185, 188.

En función de la «redefinición de la estrategia oceánica» (R. E. SMITH: *op. cit.*, págs. 73 y sigs., nota 1, pág. 98), en el verano de 1940 se iniciará el *defense period* de la neutralidad americana, cuyo primer acto fue, como ya se ha visto, la aprobación de la construcción de la *Two Ocean Navy*, presentada al Congreso el 17 de junio y votada en poco más de un mes (cfr. *supra* nota 38 y además T. A. BAILEY-P. B. RYAN: *Hitler versus Roosevelt, The Undeclared Naval War*, Nueva York, 1979, págs. 31 y sigs.; C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., págs. 243-258).

La conciencia de que Gran Bretaña era un factor esencial en la estrategia defensiva americana se difundió, además de en las esferas políticas, en la opinión pública, como demuestran los diversos sondeos. Cfr. G. H. GALLUP: *op. cit.*, I; R. B. LIVERING: *op. cit.*, págs. 65-91; M. LEIGH: *op. cit.*, pág. 172, para una relación de las fuentes.

(81) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 13 y 18.

(82) Cfr. L. H. SHOUP-W. MINTER: *op. cit.*; L. y M. SILK: *op. cit.*; W. S. COLE: *Roosevelt and the Isolationists*, cit.; R. DALLEK: *The American Style of Foreign Policy*, Nueva York, 1983; P. H. BURCH (Jr.): *Eliases in American History from the New Deal to the Carter Administration*, Nueva York, 1980.

donde los Estados Unidos no se habrían limitado solamente a un sostenimiento económico externo de Europa, como había ocurrido en la Primera Guerra Mundial, sino que, sucediendo a Gran Bretaña en su papel de imperio, habrían podido afrontar la construcción de una economía sin más fronteras y la consecuente redefinición, de forma permanente, de una nueva organización de relaciones políticas y estratégicas, fundada sobre el principio de la «seguridad» americana, que en la Carta Atlántica, a continuación, habría encontrado su primera extensión programática (83).

Se registrará, por consiguiente, un proceso de integración política interna en lo referente a la política exterior. Tal integración, fundada en la uniformidad de los programas de ambos partidos (*bipartisanship*), renovó profundamente la tradición liberal-democrática americana durante más de treinta años después de Roosevelt, desde Truman a Johnson. Por tanto, mientras se producirán fuertes divergencias entre republicanos y demócratas en todos los asuntos de política socioeconómica, en las orientaciones de política externa, por contra, se mantendrá una unidad en las decisiones y conductas (84). Fue más bien mediante el método de la *bipartisanship* como Roosevelt consiguió constituir el aparato internacionalista, coaligando, entre 1939 y 1941, fuerzas diversas de ambos partidos en torno a la Administración que

(83) Cfr. R. C. SNYDER-P. DIESING: *Conflict Among Nations. Bargaining, Decision-making and System Structure in International Crisis*, Princeton, 1977, pág. 125; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, pág. 702; S. CONN-R. C. ENGELMANN-B. FAIRCHILD: *United States in World War 2. The Western Hemisphere, Guarding the United States and its Outpost*, Washington, 1964, págs. 3, 16 y 22; *The Atlantic Alliance: A Bibliography*, a cargo de C. GORDON, Londres, 1978; L. GELBER, *America in Britain's Place. The Leadership of the West and Anglo-American Unity*, Nueva York, 1961; H. B. LARRY: *The United States in the World Economy*, Washington, 1943; J. N. ROSENAU: *The Study of Global Interdependence*, Londres, 1980; B. M. RUSSETT-E. C. HANSON: *Interest and Ideology. The Foreign Policy Beliefs of American Businessmen*, San Francisco, 1975; R. H. SALISBURY: *Interest Groups in American Politics*, Nueva York, 1970.

De particular interés resulta además el memorándum «Alternative Outcomes of the War: American Interests and Re-Orientations», redactado por Alvin H. Hansen, director del *Council on Foreign Relations*, el 20 de junio de 1940, a raíz de la caída de Francia, en el que se preveía exactamente una coexistencia económica anglo-americana del mundo (cfr. doc. E-B 16, del *Appendice B. Lista de memoranda prodotti dai gruppi di studio del War and Peace Studies Project al 31 dicembre 1941*, en C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., pág. 317. Para un análisis más profundo del concepto de interdependencia cfr. C. M. SANTORO: *Lo stile dell'aguila. Studi di politica estera americana*, Milán, 1984, págs. 67 y sigs., con bibliografía en las págs. 126-132; J. SASSOON: *L'interdipendenza nel sistema internazionale*, Milán, 1981).

(84) «Se podría incluso decir que el modelo de consensos entre los partidos no ha sido otra cosa que la prolongación posbélica de aquella unidad política interna que se había alcanzado al principio de la guerra (después de Pearl Harbor) y que se proyectó sin solución de continuidad desde la guerra caliente a la guerra fría» (C. M. SANTORO: *La governabilità degli Stati Uniti*, cit., pág. 164).

Para una inmediata confrontación de la analogía incluso lingüística de la plataforma republicana con la demócrata, cfr. *National Party Platform*, págs. 382-390, cit. en G. MAMMARELLA: *op. cit.*, pág. 28.

Sobre la *Bipartisanship*, cfr. S. HOFFMANN: *Il dilemma americano*, trad. ital., introducción de C. M. SANTORO: Roma, 1979; C. V. CRABB (JR.): *Bipartisan Foreign Policy. Myth or Reality?*, Row-Peterson, 1957; ID.: *Bipartisanship*, en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, II vol., Nueva York, 1968; «Forging Bipartisanship», en *The Washington Quarterly*, 1984; C. M. SANTORO: *Lo stile dell'aguila*, cit., cap. I y la correspondiente bibliografía.

vio así coexistir a liberales republicanos como Stimson y Knox (85), librecambistas tradicionales como Cordell Hull, progresistas como Berle, Sumner Welles, Henry Wallace (86), nuevos idealistas remodelados, de procedencia nacionalista y aislacionista, como Hopkins (87). Todos ordenados en una verdadera y auténtica «comunidad de política exterior», formada por políticos y militares, académicos, diplomáticos, organismos de información (88), que encontrará en la posguerra un momento de conciencia teórica en el análisis de la escuela «realista» de George Kennan, Hans Morgenthau, Arnold Wolfers, Walter Lippmann, Averell Harriman, Robert Strausz-Hupé y Rudolf Niebuhr (89).

La presencia de muchos de estos nombres en los intensos encuentros que, en el curso de su misión, De Chambrun tuvo en los diversos ambientes político-militares, confirman que el objetivo primordial de Roosevelt era promover la formación de un consenso global, al más alto nivel, en torno al problema de las ayudas a una Inglaterra que, a través de la voz más firme de Churchill, les necesitaba para una guerra sin negociaciones entre Londres y Berlín, cuyo éxito, declaraba, no era todavía definitivo (90).

(85) Llamados por Roosevelt en junio de 1940 al Departamento de la Guerra y de la Marina, respectivamente. Cfr. A. M. SCHLESINGER (Jr.): *op. cit.*, pág. 596; R. N. CURRENT: *Secretary Stimson. A Study in Statecraft*, New Brunswick, 1954; E. E. MORISON: *Turmoil and Tradition. A Study of the Life and Times of Henry I Stimson*, Boston, 1960.

(86) Cfr. G. KOLKO-J. KOLKO: *The Limits of Power*, Nueva York, 1972; A. G. THEOHARIS: *The Yalta Myths*, Columbia, 1971; S. J. WALKER: *Henry A. Wallace and American Foreign Policy*, Nueva York, 1976; R. J. WALTON: *Henry Wallace, Harry Truman and the Cold War*, Nueva York, 1976.

(87) Cfr. *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, cit. págs. 16 y 67; H. ADAMS: *Harry Hopkins. A Biography*, Nueva York, 1977.

(88) C. M. SANTORO: *La governabilità degli Stati Uniti*, cit., pág. 165. Estudios específicos sobre las diversas raíces de la Administración de Roosevelt: *Il New Deal*, a cargo de M. VAUDAGNA, Bolonia, 1981; ID.: *Corporativismo e New Deal*, Turín, 1981; R. D. SCHULZINGER: *The Making of the Diplomatic Mind, 1908-1931*, Middleton, 1975, págs. 125-126.

Sobre el liberalismo comercial y sobre los fundadores de la diplomacia estadounidense en los años entre las dos guerras, cfr. B. D. HULEN: *Inside the Department of State*, Nueva York, 1939.

(89) «Se puede mantener, en resumen —escribe Santoro—, que aquel proceso había tenido los perfiles y rasgos de un verdadero y auténtico New Deal de la política exterior americana, tan importante como lo había sido el primer mandato de F. D. Roosevelt para la política interna» (C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., pág. 100). Para un tratamiento más completo, cfr. el otro estudio de SANTORO: *Lo stile dell'aguila*, cit., págs. 15-66, y *Il New Deal*, a cargo de M. VAUDAGNA, cit. Posteriormente son fundamentales los trabajos de G. KENNAN: *American Diplomacy 1900-1950*, Chicago, 1951, e ID.: *Memoirs, 1925-1950*, Boston, 1967; H. J. MORGENTHAU: *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*, Nueva York, 1948; A. WOLFERS: *Discord and Collaboration*, Baltimore, 1962; W. LIPPMANN: *United States Foreign Policy. Shield of Republic*, Boston, 1943; R. STRAUZ-HUPÉ: *Geopolitics, The Struggle for Space and Power*, Nueva York, 1942; ID.: *The Balance of Tomorrow*, Nueva York, 1945; R. NIEBUHR: *Moral Man and Immoral Society*, Nueva York, 1947; ID.: *Christian Realism and Political Problems*, Nueva York, 1953.

(90) El análisis de Churchill sobre la prueba de fuerza mantenida por la aviación alemana y la inglesa en Dunkerque y sobre la fortaleza de la aviación de caza británica le llevaba a confiar en un resultado favorable de la guerra, con la derrota total de Hitler, concordando plenamente con las observaciones de De Chambrun anteriormente transcritas (cfr. el telegrama de Churchill al señor Mackenzie King de

A favor de la política de ayudas a los ingleses, De Chambrun estimuló precisamente al sector político más reacio a intereses no circunscritos exclusivamente al hemisferio occidental. Junto a los contactos individuales que mantuvo con eminentes personalidades políticas republicanas, como los senadores Taft, de Ohio, y Earle, de Maine, De Chambrun estuvo presente en la Convención republicana de Filadelfia, el 27 de junio, foro privilegiado para retomar y profundizar estos contactos, sobre todo con Wendell Wilkie, gracias a la influyente mediación de Roy Howard y de la tía Alice Longworth, hija de Theodore Roosevelt (91).

Después de un encuentro con el embajador inglés en los Estados Unidos, lord Lothian, De Chambrun tuvo ocasión de confrontar su tesis con los generales Pershing y Caffrey, ayudante del general Marshall y enviado de éste, así como con algunos otros de entre los más abiertos seguidores de la política de Roosevelt, el propio Marshall, Charles Poletti, Cabot Lodge, el senador Wadsworth, del Estado de Nueva York, y James Dunn del Departamento de Estado (92).

Finalmente, el miércoles 19 de junio, Roosevelt pidió a De Chambrun que fuera al Middle West, conforme a un programa de entrevistas organizado por Henry Wallace, secretario de Agricultura. Para preparar estas entrevistas se realizaron contactos preliminares, en Washington, con el propietario del *Chicago Times*, Pearce; con Jackson, ministro de Justicia, y con Fiorello La Guardia, alcalde de Nueva York, resuelto defensor del White's Committee (93). En Nueva York, con Patterson, propietario del aislacionista *Daily News*; con Edwin James, redactor jefe del *New York Times*, que con el *New York Herald Tribune*, desarrollaba una intensa campaña en favor de la política internacionalista presidencial, y con Henry Luce, el magnate de las editoras, convertido en *campaign manager* de Thomas Dewey, procurador general de Nueva York, muy ligado también a los otros dos candidatos republicanos a la presidencia; el senador Arthur Vandenberg, de Michigan, y Wendell Wilkie (94).

Esta apertura internacionalista, introducida en 1940 a través de la política de

5 de junio de 1940 y el telegrama del primer ministro a los primeros ministros de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica el 16 de junio de 1940, en W. CHURCHILL: *op. cit.*, págs. 148, 194, además de págs. 183, 274-275.

(91) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 27.

(92) A excepción del encuentro con Marshall el martes 15 de junio, todos los demás tuvieron lugar el 18 de junio (R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 19-20 y 24).

(93) Fue precisamente él quien, defendiendo un intervencionismo a ultranza, sin por ello excluir el recurso a la guerra como medio de sostener a los aliados, en enero de 1941 empujó a la dimisión de White de la presidencia del Comité, acusándole de «hacer el juego a Laval» (J. M. BURNS: *op. cit.*, pág. 58).

(94) Jueves 20 de junio y viernes 21 de junio, Washington; sábado, 22 de junio, Nueva York (R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 21-22).

Para una visión más amplia de los comentarios de De Chambrun en relación con todo el proceso de acercamiento a la Administración de los miembros republicanos «internacionalistas», cfr. S. E. MORISON-H. S. COMAGER: *op. cit.*, pág. 891; R. W. DAVENPORT: «The Ordeal of Wendell Wilkie», en *Atlantic Monthly*, vol. 176, 1945, págs. 67-73; D. B. JOHNSON: *The Republican Party and Wendell Wilkie*, Urbana, 1960; C. D. TOMPKINS: *Senator Arthur H. Vandenberg. The Evolution of a Modern Republican, 1884-1945*, Ann Arbor, 1970; A. H. VANDENBERG (Jr.): *The Private Papers of Senator Vandenberg*, Boston, 1952.

ayudas a Gran Bretaña, y que en cualquier caso no prevalecerá en América hasta después de 1945, también fue favorecida por Roosevelt incluso mediante la institución de agencias federales y organismos administrativos, como la *Office of Emergency Management*, la *Office of Government Reports* y el *Council of National Defense*, precursoras de las futuras agencias de guerra y de las oficinas de producción. Estos organismos tenían la competencia de desarrollar una función de comunicación y enlace entre la *Business Community* y la Administración y de trabajar en acción coordinada con el *White's Committee*, respecto a los cuales, sin embargo, operaron de forma más profunda e incisiva, aunque menos llamativamente.

La certeza de una posible resistencia inglesa frente al ataque alemán era obviamente la condición previa para permitir cualquier ulterior avance de la política de Roosevelt.

El domingo 16 de junio, a instancias de Roosevelt, De Chambrun redactó un informe sobre la situación militar inglesa, destinado al Consejo de Ministros del martes siguiente (95):

Al inicio de la campaña, los aliados estaban en condiciones de derribar una media de dos aviones alemanes por cada avión inglés abatido. En los últimos días, cuando se inició el uso de los Defiant, la media subió a favor de los ingleses con cuatro a cinco aviones frente a uno. Cuando los alemanes descargaron el formidable ataque sobre Calais, Boulogne y Dunkerque debe destacarse que no tenían suficientes bombarderos como para completar la operación en la otra parte del Canal en Dover y Folkestone... De todo lo expuesto y de muchos otros detalles que podéis observar se llega a la conclusión de que la capacidad de los bombarderos alemanes, aunque mermada, no está, debido a la insuficiente preparación de las tripulaciones, en una posición que permita lanzar un ataque decisivo al Imperio británico...

Además de la excelente moral de los combatientes de la RAF, De Chambrun destaca que mientras que era difícil para Gran Bretaña utilizar gran número de cazas para proteger a Francia (el número de los cazas empleados a las órdenes del Alto Mando francés era aproximadamente el 25 por 100 del total de los mantenidos en Inglaterra) en la actualidad, todos los aparatos, que por el excesivo peso de las municiones y la necesidad de reabastecerlos pueden tener una autonomía de vuelo de entre media hora y una hora y media, están empleados de una forma mucho más eficaz para defender los centros vitales de Gran Bretaña...

La experiencia de Dunkerque, donde prácticamente fue empleada toda la fuerza alemana para impedir movimientos en un único y pequeño puerto, muestra la extrema

(95) El borrador, escrito a máquina en dos originales de los que se sacaron algunas copias, es un documento de cinco páginas, fechado en Washington el 17 de junio de 1940, en donde, bajo la advertencia «Confidential», está el título *Duplicate of Report for President Roosevelt* y lleva, al final, la firma autógrafa de René de Chambrun.

Roosevelt leyó atentamente el documento, subrayando en el margen izquierdo los párrafos que consideraba más importantes, que son aquellos que reproducimos íntegramente en el texto. La copia del documento que se ha consultado lleva todavía estos subrayados en el párrafo 1, pág. 2; párrafo 3, pág. 3; párrafo 2 de la pág. 4 y el último párrafo de la pág. 5, donde, en la frase «con el fin de que Alemania no pueda dominar el mundo», Roosevelt eliminó la palabra «Alemania», sustituyéndola por «los nazis».

dificultad, por no decir la imposibilidad, de que la fuerza aérea alemana pueda embotellar todos los puertos ingleses. Es necesario recordar que en Dunkerque, durante cinco días y cinco noches, a pesar de las continuas operaciones alemanas, los barcos llegaron con comida y municiones y retornaron con 335.000 hombres. Además, los cazas ingleses, con base en los aeródromos de la parte inglesa del Canal, derribaron una media aproximada de 75-100 bombarderos al día sobre Dunkerque...

Gran Bretaña está comenzando ahora a sentir la posibilidad de una derrota. Todas las industrias que no estaban preparadas para la guerra el 3 de septiembre están ahora a pleno rendimiento. No está agotada, como Alemania, por una producción industrial que desde hace algunos años está al límite de sus posibilidades.

No se debe perder de vista el hecho de que la guerra no ha sido todavía ganada por el Eje en el Mediterráneo, donde Gran Bretaña puede ofrecer una gran resistencia a Italia. Los árabes, que simpatizan con los franceses y odian a los italianos, constituyen una apreciable fuerza a lo largo de la costa africana, donde Italia tiene el problema colonial. Es más, debe tenerse presente la fuerza y las ambiciones de Rusia, que sin duda no tardará en entrar en acción...

Las poblaciones europeas, en particular la de Francia, pueden adquirir conciencia de que, con la adecuada ayuda estadounidense, Gran Bretaña no será sometida por Alemania, pudiendo, con una resistencia activa o pasiva... jugar su papel en la batalla de todas las fuerzas que hoy, como en 1918, están consciente o inconscientemente luchando para que Alemania no domine el mundo.

Roosevelt informó personalmente a Morgenthau de este documento, fijando una cita entre él y De Chambrun.

El encuentro tuvo lugar en la Secretaría del Tesoro el lunes 17 de junio, y Chambrun entregó directamente a Morgenthau las copias del documento redactado la tarde anterior, documento que ya había dejado a Roosevelt (96).

A continuación Chambrun se dirigió al Senado para un encuentro con la Comisión de Asuntos Exteriores:

El senador Barkeley me hace presidir el almuerzo; a mi derecha se sitúa el vicepresidente de los Estados Unidos, que es también presidente del Senado, John N. Garner. Todos los miembros de la Comisión de Asuntos Exteriores están presentes y otros jefes de grupo del Senado asisten a la reunión... Mi discurso dura aproximadamente una hora, paso revista a mis argumentos uno por uno. Aunque a la misma hora se está discutiendo una ley en el Senado, ninguno abandona la sala. El senador Wagner me formula preguntas pertinentes. El vicepresidente Garner me interroga sobre si Francia conocía el estado de preparación del ejército alemán. Respondo que desde hacía muchos años, los anglosajones habían hecho el juego a Alemania, obstaculizando y combatiendo los gobiernos fuertes de París: Poincare, Tardieu, Laval. Ilustro cómo Francia se ha encontrado aislada en su denuncia del militarismo alemán (97).

Un cambio importante en los objetivos de la misión de De Chambrun se produ-

(96) *Ibidem*, pág. 16.

(97) *Ibidem*, pág. 17.

jo a partir del martes 25 de junio, cuando, al encontrarse de nuevo con el general Pershing, junto a la habitual propuesta de enviar ayuda a Gran Bretaña, aparece por primera vez la petición explícita de aprovisionar la zona libre de Francia (98). Comienza, desde este momento, la fase más delicada en la misión de De Chambrun, que viene a asumir, de ahora en adelante y paralelamente al cambio que el sistema de guerra impone a las relaciones de orden internacional, connotaciones específicamente político-diplomáticas. La petición de ayuda a la Francia libre se convertirá, en efecto, en el objetivo central de la última fase de la estancia americana de De Chambrun, y constituirá la plataforma para mantener abierto un diálogo franco-americano que permitiera a Francia salir del aislamiento internacional en el que, tras la firma del armisticio, tendían a confinarla las paralelas y crecientes presiones inglesas y alemanas (99).

En particular, el declinar de las relaciones anglo-francesas hasta la retirada de la misión diplomática inglesa el 22 de junio y el violento discurso de Churchill a los Comunes el 25, donde se condenaban explícitamente los armisticios concluidos por el Gobierno francés, tuvo una fuerte repercusión en los Estados Unidos. A la preocupación suscitada por el artículo VII del armisticio franco-alemán sobre la cuestión de la flota, al que, como se ha visto, se conectaba directamente el problema de la *National Security* americana, se añadían aquellas preocupaciones relativas a una

(98) Martes, 25 de junio, Washington. Le hago la siguiente propuesta para cuando hable en la radio: porque no responder al coronel Lindbergh sin oponerse totalmente a sus argumentos aislacionistas, sino diciendo que usted está de acuerdo en aumentar el potencial de guerra de los Estados Unidos, precisando al mismo tiempo que actualmente el mejor medio para hacerlo es ayudar a Gran Bretaña a destruir la fuerza militar de Alemania, mientras los Estados Unidos acrecientan la suya aplicando el plan Lindbergh.

Le explico también que América debería aprovisionar la zona libre de Francia (*Ibidem*, págs. 23-24).

Sobre el ex piloto que cruzó el atlántico, uno de los portavoces oficiales de America's First y una de las voces más escuchadas de América dada su notoriedad, acrecentada por la tragedia familiar, cfr. W. S. COLE: *Charles A. Lindbergh and the Battle Against Intervention, 1940-1941*, Nueva York, 1974, y A. M. SCHLESINGER (Jr.): *op. cit.*, pág. 592, y G. MAMMARELLA: *op. cit.*, pág. 24.

(99) Tanto que Baudoin se dirigió al Gobierno americano para que influyera sobre Londres con el fin de evitar la ruptura completa (cfr. C. HULL: *op. cit.*, I, pág. 795, y Promemoria Hull, 27 de junio de 1940, FRUS, II, pág. 377; P. BAUDOIN: *op. cit.*, pág. 204; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, páginas 105-107).

El mantenimiento de las relaciones anglo-francesas, a pesar de la creciente anglofobia en Francia, fue una preocupación fuertemente sentida por el Gobierno de Burdeos, tanto como para inspirar dos de las primeras decisiones, la exclusión de Laval del Gobierno Pétain y el nombramiento ofrecido a Reynaud como embajador en Washington. Cfr. P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, cit., II, págs. 390 y sigs.; Id.: *Au coeur de la mêlée*, cit., págs. 883-885; Y. BOUTHILLIER: *op. cit.*, págs. 113, 125-126; P. BAUDOIN: *op. cit.*, págs. 176-178, 186-189, 193-196; M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 329-330, 360-361, 379-380; A. MALLET: *op. cit.*, pág. 150, nota 6, 155; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, págs. 48-58; M. WEYGAND: *op. cit.*, pág. 237; A. LEBRUN: *op. cit.*, pág. 85; *Parla Laval. Note e memorie scritte in carcere da Pierre Laval con prefazione della figlia e numerosi documenti inediti*, Milán, 1948, págs. 32-33; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 221 y sigs., 241 y sigs., 308-309; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *La sfida all'isolazionismo*, cit., págs. 543-547; C. HULL: *op. cit.*, págs. 794-795; y los telegramas de Biddle a Hull números 56 (21 de junio de 1940), 57 y 80 (23 de junio de 1940), 73 (22 de junio de 1940, no publicado), 87 (24 de junio de 1940), todos en FRUSS, I, págs. 264-266.

probable ulterior aproximación de Francia a Alemania, lo que se convertía en menos hipotético desde la entrada de Laval en el Gobierno (100).

La abierta retractación del Gobierno Pétain y el reconocimiento y apoyo dado por el Gobierno inglés al movimiento de De Gaulle, aumentaba considerablemente la desconfianza en el Gobierno de Burdeos, presentado como un gobierno «privado de su independencia y libertad constitucional», por tanto, «a merced de los dictadores alemán e italiano» (101).

Además, el *premier* británico, separando la responsabilidad del pueblo francés del Gobierno Pétain, destruía no sólo la solidaridad moral franco-británica, sino la unidad misma de los franceses con el imperio y con los residentes en el extranjero (102).

Desde finales de junio, paralelamente a las primeras negativas de los territorios

(100) Cfr. C. HULL: *op. cit.*, I, págs. 795-796; Promemoria de Hull de 27 de junio de 1940, FRUS, II, pág. 377.

Sobre las reacciones americanas al armisticio franco-alemán y sobre la posición del Gobierno estadounidense a propósito de la flota francesa y las medidas de precaución adoptadas, como la congelación de los fondos franceses en los Estados Unidos y la resolución de no reconocimiento de la transferencia de territorios en el hemisferio occidental por una potencia europea a otra, cfr. las dos promemorias de Sumner Welles sobre una conversación con el embajador francés de Saint-Quentin, del 24 y el 27 de junio de 1940, FRUS, II, págs. 459, 461; DAFR, págs. 89-90; *Peace and War*, doc. núm. 172, pág. 555; A. KAMMERER: *La tragédie de Mers el-Kebir*, cit., págs. 40-43; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 549, 564 y sigs.; M. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 295-296.

Sobre la resuelta toma de posición americana con Burdeos a propósito de las garantías inequívocas reclamadas para que no se entregara la flota al enemigo, actuó, como es sabido, el Gobierno inglés, que había dado precisas instrucciones a su embajador en Washington en la noche entre el 17 y el 18 de junio. Cfr. L. WOODWARD: *op. cit.*, pág. 71; telegrama de Hull a Waterman —cónsul americano en Burdeos— por Biddle, núm. 3 (17 de junio de 1940), FRUS, II, pág. 456.

Cfr. además *Peace and War*, docc. 169 y 170, págs. 552-553; C. HULL: *op. cit.*, págs. 788, 792-793; A. DARLAN: *op. cit.*, pág. 64; W. LANGER, *op. cit.*, pág. 45; W. L. LANGER-S. E. GLEASON: *op. cit.*, págs. 549-550; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 238-239.

(101) Discurso de Churchill de 22 de junio en *Relazioni Internazionali* (1940), f. 26, pág. 903. La falta de independencia del Gobierno francés y el reconocimiento del Comité Nacional francés de De Gaulle como representante de la Francia Libre fue anunciado por Churchill el 23 de junio en dos intervenciones transmitidas por la BBC y confirmado en el famoso discurso a los Comunes de 25 de junio [para el texto cfr. *Relazioni Internazionali* (1940), f. 27, págs. 982-983. Cfr. también C. DE GAULLE: *op. cit.*, 270-271; DAFR, págs. 434-435; W. L. LANGER: *op. cit.*, pág. 57; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 313, 325-326, 332-334; J. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 463-464, 499-502].

(102) «Desde este momento, en efecto, en Gran Bretaña ya no se habló más del Gobierno francés, sino del Gobierno Pétain, intentando evidentemente de esta forma poner de relieve la considerada ilegalidad del Gobierno de Burdeos» (F. AVVANTAGGIATO PUPPO: *op. cit.*, pág. 246). El propio Reynaud escribió a Churchill para rogarle que cesara en la polémica con Pétain, pues con ésta los únicos que obtenían ventaja eran los alemanes (cfr. P. REYNAUD: *La France a sauvé l'Europe*, cit., II, págs. 392-394; A. KAMMERER: *La vérité sur l'armistice*, cit., págs. 244, 391, y la carta de Reynaud a Pétain de 6 de septiembre de 1940, alegato LII, pág. 494; P. BAUDOIN: *op. cit.*, pág. 207; J. BENOIST-MÉCHIN: *op. cit.*, II, págs. 482-483; L. WOODWARD: *op. cit.*, pág. 76).

Se realizó un intento de mediación, pero sin éxito, incluso ante los Gobiernos de Canadá y Sud-Africa, para que moderaran al Gobierno inglés. Cfr. los textos de los telegramas en *Les événements ...*, cit., II, pág. 464; F. CHARLES-ROUX: *op. cit.*, págs. 98-99.

del Imperio francés a aceptar el armisticio (103), se produjo la adhesión de los inmigrantes transoceánicos a los programas de resistencia preparados por Londres y De Gaulle. La aparición de este sentimiento nacionalista francés antigubernativo y filorresistente se manifestó inmediatamente después en un clima de exasperada polémica, que informó ampliamente la elección política de la comunidad franco-americana, en particular la neoyorquina, durante todos los años del conflicto. El telegrama enviado el 25 de junio a Churchill por once franceses de Nueva York «que arrastraba al mariscal Pétain por el fango» (104), fue una de las primeras manifestaciones de aquel «patriotismo jacobino», «el más hostil y con más prejuicios contra Francia» (105), que, mediante la activa acción de propaganda desarrollada por personalidades como Hondry, Garreau-Dombale, Valeur y Jacques de Sieyès, y por asociaciones como *France Forever*, *Free France*, el *French American Club* o el Instituto Francés de Altos Estudios, permitirán al movimiento Francia Libre consolidarse entre sus connacionales y, pese a la larga desconfianza del Gobierno americano hacia De Gaulle, obtener el reconocimiento oficial de los Estados Unidos (106).

En junio de 1940, sin embargo, eran todavía inciertas las decisiones que habían de tomarse y precarias las alianzas. Si bien es cierto que la relación Londres-Washington no será jamás puesta en discusión, en este momento fueron sondeadas muchas hipótesis de orden internacional, y precisamente no la última, como se ha dicho, aquella de una coexistencia pacífica con la Europa nazi, dada la escasa confianza que en Washington, tanto en la Administración como en el Cuerpo Diplomá-

(103) En las posesiones de la Nuevas Hebridias; el territorio de Pondicherry no había aceptado el armisticio apenas firmado (cfr. D. COOK: *op. cit.*, pág. 144).

(104) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 24:

Martes, 25 de junio, Washington.

Por la tarde realizo una visita a Saint-Quentin y a Truelle (consejero de Embajada). Están indignados por un telegrama enviado a Churchill por once franceses de Nueva York, que arrastra al mariscal Pétain por el fango.

Miércoles, 26 de junio, Washington.

Desayuno con lord Lothian en la Embajada de Gran Bretaña. Hablamos del telegrama enviado a Churchill por los once franceses. Comparte mi opinión y considera que este modo de lavar la ropa sucia en público sólo puede perjudicar a la causa de los aliados.

(105) L. ROUGIER: *Missione segreta a Londra. Gli accordi Pétain-Churchill*, trad. ital., Milán, 1947, pág. 85.

(106) El 11 de noviembre Roosevelt encargó a Stettinius que aplicara el *Lend-Lease Act* también a Francia Libre. A la declaración de Hull de septiembre, sobre la existencia de una comunidad de intereses entre el Gobierno americano y Francia Libre, había además seguido el estrechamiento de las relaciones oficiales entre Plevén, por el movimiento gaullista, y Sumner Welles, por el Departamento de Estado (cfr. C. DE GAULLE: *op. cit.*, págs. 209-210; E. R. STETTINIUS: *Lend-Lease. Weapon for Victory*, Nueva York, 1944). No obstante lo anterior, Washington no aceptó la política inglesa de reforzar a De Gaulle en detrimento de Vichy y, al menos hasta 1943, prefirió dar apoyo al propio Pétain y, progresivamente, a sus colaboradores en Vichy y en el Norte de África. Una prueba en este sentido, entre otras, es el veto a la ocupación gaullista de Saint-Pierre y Miquelon en diciembre de 1941 (cfr. C. DE GAULLE: *op. cit.*, págs. 211-214; M. COSTA: *op. cit.*; D. COOK: *op. cit.*; J. LACOUTURE: *De Gaulle*, vol. I: *Le rebelle*, París, 1984).

tico, se tenía sobre una posible resistencia inglesa frente a la invasión alemana (107). También en las cartas de De Chambrun se evidencia este clima general de pesimismo, sobre el que se trata de intervenir incluso con propuestas no exentas de una cierta ingenuidad:

Miércoles 26 de junio, Washington. Voy a la Casa Blanca donde encuentro a Harry Hopkins, saludo a Roosevelt y me reúno de nuevo con aquél. Me cuenta que la moral de Roosevelt está de nuevo baja y que son los propios ingleses en Washington los que le transmiten su pesimismo. Me dice que el único que mantiene el optimismo necesario es Casey, el ministro de Australia. Juntos telefoneamos a Casey, que me invita a almorzar. Durante la comida le hago partícipe de la idea de Hopkins, esto es, que todos los representantes del Imperio británico en Washington visiten a Roosevelt no para pedirle ayuda, sino para convencerlo de la voluntad general de resistencia de todo el Imperio británico. Se acuerda que esta acción debería ser apoyada por un largo telegrama de Churchill al presidente y por una llamada telefónica de Mackenzie King, primer ministro de Canadá (108).

De la incertidumbre de la política exterior americana, fruto de la falta de claridad en las futuras relaciones que pudieran establecerse con Alemania y con sus países satélites, fue un ejemplo la relación Estados Unidos-Francia, desde mediados de 1940 hasta finales de 1941. La consideración del mantenimiento de unas buenas relaciones con Burdeos como uno de los «fundamentos de la política exterior», que llevó además a hablar de una diplomacia paralela contrapuesta a la tendencia filoinglesa oficial y mayoritaria, encontraba su razón más específica con relación al cuadro más general del futuro del orden posbélico —preocupación que atormentaba a una América todavía neutral—, empujando a los ambientes políticos a explorar al mismo nivel las diversas hipótesis, absolutamente impredecibles a mediados de

(107) Mientras Roosevelt, el 10 de julio, iniciaba la fase de Total Defense, con la petición al Congreso de mayores asignaciones para el rearme, el Departamento de Estado analizaba posibles formas de coexistencia con Alemania (cfr. H. A. NOTTER: *Postwar Foreign Policy Preparation 1939-1945*, Washington, 1949, pág. 32).

No es casual que la Administración asumiera definitivamente una posición, decidiendo apoyar el esfuerzo bélico inglés y votando el *Lend-Lease Act* sólo cuando el riesgo de invasión se había alejado, en el otoño de 1940 (cfr. R. A. DALLEK: *op. cit.*, págs. 258 y sigs.; W. F. KIMBALL: *The Most Unsordid Act. Lend-Lease 1939-1941*, cit.).

La desconfianza sobre la capacidad de resistencia inglesa, en el verano de 1940, agravada por los pesimistas informes de Kennedy y Bullit, desde Londres y París respectivamente, llevó a Roosevelt a enviar personalmente al coronel William Donovan, futuro director del OSS, a Gran Bretaña con la misión de verificar la situación real. Cfr. M. R. BESCHLOSS: *Kennedy and Roosevelt. The Uneasy Alliance*, Nueva York, 1980, págs. 208-209. Cfr. también *La seconda guerra mondiale nei documenti segreti della Casa Bianca*, cit., págs. 93-94, y la correspondencia Bullit-Roosevelt en *For the President: Personal and Secret (Correspondence between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullitt)*, a cargo de O. H. BULLITT, Boston, 1972.

(108) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 24-25.

1940 por estar vinculadas al curso de las operaciones bélicas, en cuyo campo habrían encontrado confirmación y verificación (109).

Cuanto se ha dicho emergió con claridad en el encuentro que, solicitado por Roosevelt, De Chambrun tuvo con Cordell Hull el 27 de junio:

Es una de las conversaciones más interesantes desde mi llegada a América. Me pareció que Hull estaba bastante al corriente de todas las fases y los matices de la política europea y me pidió que le trazara un cuadro de la política de Laval y de las razones profundas que la habían inspirado. Expliqué la política italiana de Pierre Laval y las razones geográficas que le habían impulsado a mantener relaciones amigables con el único país que podía permitirnos comunicar con Europa Central. Mussolini había hecho fracasar l'Anschluss cuando Hitler ordenó el asesinato de Dollfuss y hospedó a su viuda. Era, por tanto, lógico concluir una alianza con Italia para impedir que el Eje se dirigiese contra Francia.

Cordell Hull me ha parecido extremadamente interesado en esta conversación y, al final de nuestro coloquio, me ha agradado oírle decir: «Ha dado coraje a nuestro presidente. Teníamos necesidad de ello» (110).

Alcanzado este punto, quedaba por afrontar el viaje que Roosevelt había proyectado para De Chambrun el 19 de junio allí donde más hostilidad encontraba la política presidencial, el corazón de la América aislacionista, el Middle West agrario, intransigentemente nacionalista, antieuropeo, orgullosamente confiado en la autosuficiencia de los ilimitados recursos económicos americanos y absolutamente enclaustrado en un proteccionismo hostil a cualquier forma de interdependencia y colaboración económica internacional (111).

De Chambrun afrontó así en vivo el debate político-cultural que dividía a América a través de la prensa, radio, organizaciones sindicales, tribunas políticas, reuniones privadas de Chicago a San Luis, Minneapolis, Cincinnati y Des Moines.

En Chicago se encontró el 2 de julio con hombres de negocios con quienes había contactado a través de un socio de Harriman, con políticos y con un grupo de agri-

(109) Sobre el curso de las relaciones franco-americanas, cfr. la correspondencia Hull-Roosevelt, FRUS, II, 1941, y C. HULL: *op. cit.*, I, pág. 796; J. M. BURNS: *op. cit.*, pág. 85; W. D. LEAHY: *I Was There*, Nueva York, 1950.

Sobre el Post-War Foreign Policy Planning y las organizaciones que se ocuparon del asunto, cfr. G. B. GALLOWAY: *Post-War Planning in the United States*, Nueva York, 1942; H. A. NOTTER: *Postwar Foreign Policy Preparation 1939-1945*, Washington, 1949, y C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., pág. 66 y *passim*.

Santoro establece además una conexión directa entre las «formas», esto es, la evolución, de la guerra y las «fases», las modificaciones sucesivamente operadas, de la neutralidad americana, destacando la variabilidad de posiciones que es del todo extraña a la «componente táctica», «respeto al juego y a las reglas de la diplomacia tradicional» (*Ibidem*, págs. 52-53).

(110) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 26-27.

(111) Cfr. G. MAMMARELLA: *op. cit.*, págs. 14-15, y *supra*, nota 52.

cultores y sindicalistas de la región reunidos a solicitud de Wallace, secretario de Agricultura y copromotor del viaje (112).

Al día siguiente, en Saint Paul (Minnesota), a través del propietario del *Pioneer Press*, Wiggling, tomó contacto con los representantes de los ambientes financieros locales, de la prensa y de la política y en particular con el gobernador del Estado, Stassen, una de las jóvenes personalidades políticas del Partido Republicano, que acababa de desarrollar un importante papel en la última Convención... (113).

Jueves 4 de julio, Minneapolis.

Mr. John Cowles, propietario del *Minneapolis Star*, me invita a almorzar con los colaboradores y comentaristas políticos del *Star*, del *Herald* y del *Journal*, los tres periódicos de Minneapolis. Durante la comida, como en el curso de todas las reuniones que tuvieron lugar durante el viaje, hago un informe general de la situación en Francia e Inglaterra y hablo de la necesidad de ayudar militarmente a Gran Bretaña y de aprovisionar la zona del sur de Francia. Por la tarde repito el mismo informe ante un grupo de agricultores y sindicalistas convocados por Henry Wallace (114).

En Des Moines, a donde llego al día siguiente, se repiten los encuentros con agricultores y sindicalistas y con el periódico *Des Moines Register*, propiedad de Gardner Cowles, hermano del propietario del *Minneapolis Star*.

Domingo 7 de julio, Kansas City.

Almuerzo con Haskell, gran amigo de Francia y editor, con Roberts, del *Kansas City Star*. Este último se ocupa en el periódico de la política interna, mientras Haskell es el responsable de la política exterior.

Después de la comida, William Allen White, propietario del *Emporia Gazette* y fundador del nuevo Comité para defender los Estados Unidos, ayudando a los aliados, se une a nosotros con algunas personalidades de la región. Entre ellos está el gobernador Landon, candidato republicano a la presidencia en 1936.

Por la noche ceno con Roberts, a quien he sido recomendado por nuestro común amigo Roy Howard. Tenemos así ocasión de hablar de la situación internacional y de sus repercusiones sobre la política americana...

(112) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 29. La reuniones con los sindicalistas del Midwest habían sido precedidas de un encuentro organizado en Washington, el 26 de junio, por el ministro de Trabajo Perkins con los mayores responsables de las organizaciones sindicales, de los que Chambrun tomó los siguientes nombres:

Harvey W. Brown, president, International Association of Machinists; Boris Shishkin, economist, American Federation of Labor; Edward Keating, editor of Labor; W. D. Johnson, National Legislative Representative, Railway Conductors; Sidney Williams, Gen. Pres. Amalgamated Clothing Workers of America; Ralph Hentzel (Jr.), director of Unemployment, Congress of Industrial Organizations; D. W. Tracy, president, International Brotherhood of Electrical Workers of America; Francis P. Fenton, National Director of Organization, American Federation of Labour (*ibidem*, págs. 25-26).

(113) *Ibidem*, págs. 29-30.

(114) *Ibidem*, pág. 30.

Lunes 8 de julio, Saint-Louis.

Por la mañana, nueva reunión de agricultores y de industriales, organizada por Henry Wallace.

Almuerzo con el presidente de uno de los grandes bancos de la región, a quien Clarence Dillon había telefonado. Durante la comida me encuentro con Pulitzer, propietario del *Saint-Louis Post Dispatch* (115).

Después de haber pasado dos días en Cincinnati, el jueves 17 de julio De Chambrun regresó a Nueva York, donde tuvo un nuevo encuentro con Henry Luce y alguno de sus colaboradores del *Time* y de *Life*, a quienes contó sus impresiones sobre la actual situación americana. No obstante toda la atención se dirigía a las revelaciones sobre el nuevo régimen de Vichy, al que, aunque reconocido oficialmente por el Gobierno americano, la comunidad franco-americana desacreditaba, usando los canales periodísticos, calificándolo de fascista y colaboracionista. Gracias a la intervención de Roy Howard, al que había llegado la carta confidencial de Ralph Heizen «sobre el ambiente de los últimos días en Burdeos, y que justifica probablemente todas las decisiones que desde entonces habían sido tomadas en Francia», De Chambrun pudo encontrarse con los principales comentaristas políticos de la *United Press* y del *World Telegram*, para informarles sobre la vida y el pasado de los hombres que se encontraban actualmente en el poder en Francia (116).

Howard pensó publicar dicha carta y la siguiente fechada el 6 de julio, en interés de Francia, para librar a los dirigentes franceses de la acusación, lanzada aquí por algunos franceses, de que ellos habían tomado el poder aprovechándose de los acontecimientos y con el fin de hacer triunfar al fascismo. Decide que esta publicación tendrá lugar inmediatamente después de la Convención demócrata que comenzará el próximo lunes (117).

La decisión se debió probablemente a una necesaria prudencia preelectoral para no exponer demasiado radicalmente a Roosevelt en favor de Vichy, a pesar de que su posición no podía suscitar equívocos, orientada como estaba a mantener abierto el diálogo con Francia, en la esperanza de un clima más distendido también por parte inglesa (118).

(115) *Ibidem*, pág. 31.

(116) *Ibidem*, pág. 32.

(117) Viernes 12 de julio, Nueva York (*ibidem*).

(118) Domingo 14 de julio, Nueva York.

Me informa que el presidente querría hablarme. Acaba de escuchar el discurso de Winston Churchill: muy respetuoso con Francia, a excepción de una frase inoportuna. Me esfuerzo por convencer a todos de que no hay necesidad de ensañarse con Francia en este momento. Afirmino que su Gobierno hace seguramente todo lo que puede y que es difícil juzgar en la distancia. Intento que los ingleses adopten este punto de vista (a través de lord Lothian y los ministros de los Dominions). El presidente me conmueve cuando dice que me ha telefonado para comentarme la satisfacción que le ha producido ver a Churchill adoptar una posición que debería ser la que mantuvieran todos los franceses de Nueva York. Añade que parte para Hyde Park para descansar y me pide que nos veamos cuando vuelva a Washington. También me pide que mantenga el contacto con Harry Hopkins (*Ibidem*, págs. 33-34).

Dificultades notables surgían para la *Office Française de Renseignement*, cuya posición corría el riesgo de comprometerse gravemente por ser una «emanación fascista» del Gobierno francés, sobre el que América no tenía una visión real (119).

El problema no fue minusvalorado por De Chambrun ni por los miembros de la Office, reunidos el 19 de julio, Dillon, Polk, d'Assern, Jack Mc Cloy e Yvonne Michel. Anota De Chambrun (120):

Naturalmente, se trata de hablar de la posición de la *Office*, que sólo debe continuar, como en el pasado, dando el mayor número de informaciones posibles y absteniéndose de intervenir en política. Sin actuar de forma demasiado directa o dinámica, parece que la *Office* puede continuar también recogiendo nuevas adhesiones, siempre que se presente la ocasión. Pongo el ejemplo, a Polk y a Dillon, de la nueva adhesión del *New York Times*, que no ha visto ningún riesgo en adherirse al Centro.

Esta será precisamente la opción adoptada: mantener la *Office* alejada del compromiso político directo y limitar rigurosamente la acción desarrollada por el Centro. En efecto, éste quedó fuera de cualquier posibilidad concreta de influir en el tejido sociopolítico americano, en el que germinará por contra la Francia Libre de De Gaulle, con la instalación de sus comités, sus delegaciones, y sus propagandistas, etc. Por otra parte, y al margen del propio Centro, éste no logrará crear ni siquiera un movimiento francófilo de opinión efectivo, esto es, de adhesiones y compromisos individuales, ni una vía estable de relaciones autónomas entre Francia y Estados Unidos, que permanecerán siempre subordinadas a las mantenidas entre América y Gran Bretaña.

El 20 de julio regresó a Nueva York, al término de su misión diplomática en Francia, el embajador William Bullit.

Voy al encuentro de William Bullit que vuelve de Francia. Durante uno de mis últimos encuentros con el presidente en el que había hablado de la cuestión del aprovisionamiento de la zona sur, me había dicho: «I agree with you if Bullit agrees», y me había aconsejado que lo esperara a su llegada. He conseguido verle, junto a su secretario, Carmel Offie, apenas han bajado del avión, antes que los periodistas. No tenían intención de realizar declaraciones a la prensa, pero le informo en pocas palabras del peligroso clima de la opinión pública, debido a las extravagantes interpretaciones de la prensa americana desde que Pétain y su Gobierno accedieron al poder. Insisto en la necesidad de disipar la leyenda de un Pétain fascista y agente de Alemania e Italia. Está completamente de acuerdo conmigo y las explícitas declaracio-

(119) «Los americanos en este momento tienen necesidad de recobrar el contacto con la realidad», escribe DE CHAMBRUN después de su conversación con el hijo de Roy Howard, Jack, que precisamente había expresado su preocupación sobre la Office y la situación política francesa (lunes 15 de julio, Nueva York, *ibidem*, pág. 34).

Para una mejor caracterización de la Francia «colaboracionista», cfr. R. O. PAXTON: *La France de Vichy*, ed. francesa, París, 1973; W. CHURCHILL: *op. cit.*, IV; C. DE GAULLE: *op. cit.*; *La France Allemande (1933-1945)*. *Paroles du collaborationisme français*, a cargo de P. ORY, París, 1977.

(120) Viernes 19 de julio, Nueva York, en R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, pág. 35.

nes que realiza pocos instantes después se reproducen en todos los periódicos de la tarde y del día siguiente. Nuestra conversación es extensa. Comunico a Bullit mis impresiones sobre las personas con que me he encontrado y conozco gran número de detalles sobre lo acontecido en Francia (121).

Profundas reservas sobre el Gobierno de Vichy parecen filtrarse ya en los ambientes cercanos a Roosevelt, entre sus mismos colaboradores, como, por ejemplo, Morgenthau (122). Éstas eran sostenidas por algunos de los más notables exponentes de la comunidad francesa allí residente, como Henri Bernstein, quien, con su aportación, consolidó un ambiente cada vez más hostil a Vichy y a sus representantes, ambiente que no es precisamente ajeno a la responsabilidad de Bullit (123).

El 1 de agosto, a las once de la mañana, De Chambrun fue nuevamente recibido por Roosevelt en la Casa Blanca. El encuentro se prolongó hasta las 13,10.

Para empezar, Roosevelt pide mi opinión sincera sobre el mariscal Pierre Laval y los problemas ocasionados por el armisticio. Se refiere a los graves errores de algunos periódicos. Pero tengo la impresión de que estos errores han influenciado su opinión. Le pongo de relieve que es imposible juzgar lo que sucede en Vichy estando a bordo del *Potomac*.

Explico cómo el desplazamiento masivo de la población civil, que yo había presenciado y que se había transformado en auténtico pánico, con todo lo que implicaba de desorganización; y el cansancio moral y físico de los dirigentes franceses que desde el inicio de la retirada habían tenido que luchar contra la disgregación y la desbandada de las fuerzas, han hecho nacer en hombres como Pétain, Laval, Weygand el deseo de salvar con su presencia, todo lo que pueda salvarse. Como se puede, aquí, transformarlos de un día a otro en fascistas y traidores a su país.

Recuerdo a Roosevelt que él mismo, hace algunas semanas, estaba seguro de la derrota de Gran Bretaña.

Explico que Pétain y el Gobierno habían debido escoger entre la entrega pura y

(121) Sábado 20 de julio, Nueva York, *Ibidem*, pág. 36.

(122) Jueves 25 de julio, Washington. Tengo un largo encuentro con Harry Hopkins, que me solicita información sobre Henry Haye, cuyo nombramiento en el cargo de embajador de Francia ante los Estados Unidos está sometido a la aprobación del presidente... En directa relación, Harry Hopkins me indica que la única persona realmente hostil al actual Gobierno francés, en el Gabinete y en los círculos del presidente, es Henry Morgenthau. Me sugiere que lo vea también y que trate de hacerle cambiar de opinión. (*Ibidem*, pág. 38).

(123) Cfr. el último telegrama de Bullit enviado desde Francia (en D. COOK: *op. cit.*, pág. 126). Sobre la actitud de algunos emigrantes franceses, DE CHAMBRUN escribe el sábado 27 de julio:

La tarde, sesión muy importante en la oficina de Meyer, en el *Washington Post*. Están presentes: Mark Sullivan, Raymond Clapper, Frank Clapper, George Gallup y algunos representantes de las agencias americanas, algunos periódicos de provincias y, naturalmente, los principales redactores del *Washington Post*. Un poco más tarde, Henri Bernstein me alcanza. Su comportamiento es deplorable. Hablo durante dos horas y respondo a todas las preguntas. Pasamos revista a los acontecimientos de la política francesa en el curso de los últimos años, su falta de preparación y la guerra, la insuficiencia de la ayuda inglesa, las razones de la probable resistencia de Inglaterra, la génesis del Gobierno Pétain, su explicación por factores humanos, psicológicos, naturales y lógicos, y no por motivos extravagantes, como parecen inspirar en este momento algunos periódicos americanos (*ibidem*).

simple de todo el territorio francés, y quizá del imperio colonial, a Alemania, y la firma del armisticio para salvar al menos la mitad del país y del imperio, asegurando el retorno de millones de refugiados que no podían ser mantenidos en la zona sur, etc. Se puede no estar de acuerdo en esta solución, pero no se tiene el derecho a colocar bajo sospecha de traición a aquellos que la han adoptado, ni de ambición personal, a alguien como Pierre Laval, que ha hecho de todo para evitar esta guerra y que se ha convertido, en todo caso, en administrador de los fracasos de otros.

Hago un perfil de todos los hombres que conozco. Roosevelt siente curiosidad por De Gaulle y me pide información sobre su forma de actuar. Le respondo que lo he visto una o dos veces en los Inválidos, en la antesala del mariscal Pétain, cuando llevaba a la firma documentos de la OFR, de la que el mariscal era presidente.

Tenemos una extensa y amigable conversación a propósito de Mers el-Kebir y, poco a poco, me apasiono.

Hacia la mitad de nuestra entrevista me agradece todo lo que he hecho y mi viaje al Middle West; después me dice de buenas a primeras: «¿Pero qué cree usted que yo puedo hacer por Francia?» Mi respuesta es rápida y tajante: «Hay sólo una política que se pueda llevar a cabo en Francia: alimentarla.» «Estoy de acuerdo —responde—, pero si mando víveres a Francia los nazis se apoderarán de ellos.» Respondo: «¿Cree verdaderamente que los alemanes sobrepasarían la línea de demarcación para quitarle de la boca a los franceses la leche condensada que América podría mandarles? Es verdad que cometen muchos errores, pero dudo que cometan uno como éste, porque, a mi juicio, tendría demasiadas consecuencias. Si hicieran algo así Francia necesitaría muchos años para olvidarlo y, por contra, no olvidaría nunca que cuando estaba en un momento de desesperación América le había tendido la mano.» Le explico entonces la fórmula que había concebido y de la que ya había hablado a lord Lothian y a Hopkins: expediciones sucesivas, con intervalos de tres o cuatro semanas. Se limitaría así el riesgo de requisita alemana de una sola carga. Mientras que los alemanes hubieran dejado distribuir en Francia la cajas de leche condensada, América habría podido continuar sus envíos y obtener cada día ventajas políticas y morales, hasta una reacción alemana que hubiera tenido entonces a toda la opinión pública francesa contra aquélla. Parece impresionado por este argumento y me interrumpe bruscamente: «¿Pero cómo no lo habré pensado?» Le respondo que debía tener otros muchos problemas en los que pensar y que era más que natural que esta idea la hubiese tenido yo, pues era el problema del que me estaba ocupando desde hace muchas semanas. Fue entonces cuando me preguntó si estaba preparado para ir inmediatamente a Vichy, llevando una propuesta en su nombre al mariscal Pétain. Acepté, a pesar de que este viaje trastornaba todos mis planes. Me habla todavía durante largo tiempo del mariscal Pétain, de mi suegro, de las críticas que habían sido efectuadas por el ministro de Asuntos Exteriores Baudoin contra Gran Bretaña después de los incidentes de Mers el-Kebir. «Esta es la propuesta que puede llevar al mariscal de mi parte. Si él aceptara reunir a la prensa americana en Vichy y realizar una declaración pro-americana en favor de nuestro rearme y del ideal democrático, si pusiera fin a las críticas de Baudoin y de la radio de Vichy con-

tra Inglaterra haré que la zona libre de Francia pueda recibir regularmente envíos de víveres y, en particular, de leche condensada hasta el fin de las hostilidades.» Esta propuesta me parece tan importante que cojo un folio de su escritorio y le pido que sea tan amable de repetírmela. Le pregunto si no ha pensado, en el caso de que el mariscal aceptase sus sugerencias, que Gran Bretaña podría rechazar el transporte en sus barcos que, para ir a Marsella, deben atravesar el Estrecho de Gibraltar. Entonces me dice sonriente: «No se lo pueden negar», y yo le respondo con una sonrisa: «Y menos a usted, señor presidente.» Se echa a reír y me dice: «Comprendo lo que quiere. Quiere que el trabajo lo haga yo. Está bien, diga a Lothian que venga a vernos a mí y a Harri esta tarde.» Insiste todavía sobre el carácter secreto de esta misión y me pide incluso que no diga palabra alguna a los míos y que evite en Vichy cualquier contacto al margen del mariscal. A su dictado tomo nota, a grandes líneas, de la declaración que debía realizar el mariscal sobre las relaciones franco-americanas y también sobre el contenido de la carta que el mariscal le debía escribir y en la que debía destacar el malestar de la población y autorizar el empleo de nuestro oro para saldar las compras. Hablando de esta carta me dice textualmente: «Me traes una bonita carta del viejo mariscal. La haré pública durante una de mis conferencias y la comentaré.» Son la una y diez cuando salgo de la Casa Blanca... Para evitar ser seguido por cualquier periodista demasiado curioso no utilizo el coche que me había prestado Harry Hopkins y cojo un taxi para irme a Mayflower, donde telefono a Lothian... Poco después llego a la Embajada. Le pido a Lothian que me dé su palabra de honor de que nadie en Washington sabrá lo que le voy a decir. Le pongo al corriente de la entrevista de esta mañana. Está completamente de acuerdo. Piensa también que el gesto de Inglaterra, si acuerda espontáneamente el transporte, tendrá un excelente efecto sobre la opinión pública americana. Va a llamar a Londres e irá a la Casa Blanca hacia las dieciséis horas para reunirse con Harry Hopkins. Fijamos una nueva cita a las dieciocho horas.

Voy a la Embajada francesa e informo a Saint-Quentin. Mantendrá el secreto y parece contento. Después veo a Sumner Welles y a Adolphe Berle, con quienes la señorita Le Hand me ha fijado unas citas.

A las dieciocho horas vuelvo a ver a Lothian. Ha hablado por teléfono con Churchill y ha visto a Roosevelt y a Harry Hopkins. Me dice textualmente: «Mi Gobierno está de acuerdo a condición de que las cantidades expedidas sean razonables y los barcos sean de pequeño tonelaje.» Añade cuando se lo agradezco: «Te lo has merecido... Tomaré el *Clipper* a comienzos de la próxima semana. Lothian me hará llegar en Nueva York una carta para el gobernador de Las Bermudas, que debe conocer mi tránsito...» (124).

La carta de Lothian, fechada en Washington el 9 de agosto de 1940, me fue entregada en el hotel Ritz, donde me alojaba en Nueva York, el sábado 10 de agosto, y decía:

(124) *Ibidem*, págs. 39-44.

Querido capitán De Chambrun, estoy contento de mandarle un visado diplomático para su regreso a Francia y una carta de presentación para el gobernador de Las Bermudas.

He tenido el placer de informar al Gobierno de Su Majestad del espléndido trabajo que ha desarrollado en Washington, en estas últimas semanas, sosteniendo la causa por la que está luchando el Imperio británico. Ha conseguido usted solo influenciar a la opinión oficial de los Estados Unidos en favor de mi país. Su enérgica acción durante los tristes días de junio ha sido providencial y nos ha inspirado a todos. Usted ha sido capaz de encontrar las palabras justas para convencer a las más altas autoridades de América y a la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado de los Estados Unidos.

Es por esto que quiero asegurarle que Gran Bretaña no olvidará nunca lo que ha hecho por ella, en estos días de abatimiento y tristeza. Le deseo un buen viaje pleno de éxitos y le ruego que acepte mis más cordiales saludos.

Lothian (125).

De Chambrun llegó a Vichy el 19 de agosto; Pétain aceptó seguir las sugerencias del presidente Roosevelt.

Hizo llamar a Baudoin y le pidió que no criticara en modo alguno a Gran Bretaña; después me solicitó que convocara a la prensa americana en el Pavillon Sevigné a las cuatro de la tarde. Incluso me pidió que ordenara champaña y pastelitos de Reims porque, me dijo, «es la primera vez en mi vida que daré una conferencia de prensa». Inspirándose en las indicaciones del borrador que había escrito al dictado de Roosevelt, redactó conmigo una declaración que fue entregada a todos los corresponsales americanos y que no fue publicada ni por los periódicos de la zona ocupada, controlados por los alemanes, ni por la prensa de la zona sur (126).

Aquí están los fragmentos principales de este documento (127):

Vichy, 20 de agosto. Durante su primera declaración a los periodistas americanos, aquí en Vichy a primera hora de hoy por la tarde, el mariscal Pétain ha expresado su gran simpatía por el pueblo americano en su esfuerzo en favor del rearme.

(125) *Ibidem*, págs. 45-46. Aquí finaliza este diario, dictado a André Vulliet, a medida que se desarrollaban los acontecimientos, en junio, julio y agosto de 1940. Conservó este documento en dos copias, en su apartamento de Nueva York y me lo devolvió en 1950, cuando, juntos, creamos la Maison Baccarat, en Nueva York.

El epílogo y el texto del relato del 17 de junio de 1940 siguen desde la pág. 47 a la pág. 54.

... El extraordinario resultado de la misión que me encargó Roosevelt la conté, seis años más tarde, en el gabinete del decano de los jueces instructores, cuando tuve que responder de una acusación de colaboracionismo con el enemigo y de atentado a la seguridad del Estado, porque era el yerno de Pierre Laval.

Aquí está el texto del fragmento correspondiente a la larga nota que dicté en esta ocasión al juez instructor Marchat en 1946. (*Ibidem*).

(126) El texto prosigue:

Deposito la fotocopia de esta declaración, como apareció por la mañana en todos los periódicos de los Estados Unidos (alegatos 5 y 5 bis) —fotocopias del *New York Times* de 21 de agosto— (*Ibidem*, pág. 47).

(127) «Pétain pide a América que se arme con ayuda de los técnicos. Declara a los periodistas americanos que Francia responderá a los principios de la democracia», en *New York Herald* 21 de agosto de 1940 (*Ibidem*, págs. 48-49).

El Jefe del Estado francés, que ha cumplido ochenta y ocho años, ha declarado que la «nueva Francia», de la que es ahora su principal arquitecto, permanecerá como una democracia y que el pueblo decidirá si continúa o no viviendo en un sistema republicano.

Los corresponsales de la prensa americana han sido presentados al mariscal Pétain por René de Chambrun, ex agregado militar adjunto a la Embajada de Francia en Washington.

El mariscal Pétain nos ha dicho que ha recibido, después del armisticio, una carta del general John J. Pershing en la que le expresaba su voluntad de estar, en esta hora de crisis para Francia, al lado del mariscal, como lo había estado durante la última Guerra Mundial... El mariscal ha declarado que había sido verdaderamente imposible para Francia continuar combatiendo: «Teníamos sólo jirones del ejército y poquísimas fuerzas en África del Norte. Las fuerzas británicas habían sido evacuadas del frente durante la retirada del Somme. No quiero en modo alguno criticar a nuestra aliada, pero es justo decir que Francia ha sido casi abandonada a su suerte. Inglaterra hizo bien en repatriar a sus tropas para defender su suelo.» El mariscal Pétain hizo esta predicción: «El mundo quedará maravillado de la rapidez del resurgimiento francés, que se encontrará asimismo como lo ha hecho después de 1870.» Algunos periodistas negaron que su Gobierno fuera libre y legítimo. A lo que Pétain respondió que, por desgracia, era verdad. El Gobierno no era completamente libre, dado que los alemanes ocupaban dos tercios de su territorio, pero negó que no fuera legítimo. «Ha sido bendecido con todos los sacramentos regulares —dijo sonriendo— y también con el voto de las dos terceras partes de la Asamblea Nacional.»

La declaración escrita por el mariscal tocaba los siguientes puntos:

Es una gran alegría para mí recibir a los representantes de la prensa americana y darles la bienvenida. Estoy contento de tener ocasión de expresarles la sincera amistad de Francia con las dos Américas...

Francia permanecerá como democracia y el pueblo decidirá si quiere o no continuar viviendo en una República...

Francia continuará fiel al ideal que tiene en común con las grandes democracias americanas, un ideal fundado en el respeto a los derechos individuales, en el culto a la familia y a la patria, en el amor por la justicia y por la humanidad. Se esforzará, cada vez más, por desarrollar entre el viejo y el nuevo mundo, los intercambios económicos y culturales que deben crear una atmósfera de comprensión y de amistad entre los pueblos.

Pétain redactó después, junto con De Chambrun, la carta para Roosevelt, fechada en Vichy, el 27 de agosto de 1940 (128):

El Mariscal Pétain, Jefe del Estado,
al Honorable Franklin D. Roosevelt,

(128) *Ibidem.*

Presidente de los Estados Unidos de América, Washington.

Señor Presidente,

Francia conoce hoy el momento más trágico de su larga historia, tres quintos de su territorio están ocupados. Pocas son las familias que no esperan con ansia el retorno de uno de los dos millones de prisioneros detenidos en Alemania. Millones de refugiados venidos de las regiones más fértiles de Francia, cuyo único equipaje era el cansancio y la miseria, esperan la hora de la liberación para retornar a sus tierras abandonadas. Hoy comparten con otros refugiados belgas, austriacos, checos, españoles y polacos, establecidos en nuestro territorio, las penas y las privaciones de los franceses de la Francia libre.

Hecho sin precedentes en nuestra historia, la guerra ha devastado en el espacio de pocas semanas la mitad de nuestra tierra, provocando la destrucción de nuestros puentes, de nuestras carreteras, de nuestras estaciones y de gran parte de nuestras fábricas. Nuestra tierra, cuna de una civilización que ha maravillado al mundo, está hoy afligida y de luto.

Al eco de las voces de aquellos que, ayer todavía, alimentaban a los franceses con palabras de optimismo y de ilusión ha sucedido la triste voz de los que hablan únicamente de desgracias y privaciones, sin que por ello desesperen del porvenir.

El principal problema de mi Gobierno, su preocupación cotidiana, es ayudar a todos los franceses a soportar el peso de sus penas. Yo sé que nuestra tarea será difícil, pero creemos haberlo logrado, aunque sea de modo ínfimo, cuando podamos dar a cada hombre, a cada mujer, a cada niño, por rico o pobre que sea, un régimen menos duro que el de ayer.

Sé que en esta obra de socorro y asistencia al pueblo francés, vuestro generoso país, vinculado al mío por una amistad secular, y sin escatimar sacrificio alguno ya ha llevado a cabo un gran esfuerzo.

Problemas de adquisición de víveres, de control de su destino final, de socorro, de rendimiento, de transporte y coordinación de los esfuerzos individuales surgirán en Francia y en América.

He pensado que una persona desinteresada podría colaborar en esta obra de socorro y asistencia, en completo acuerdo con nuestra Embajada en Washington, con las organizaciones de la *American Red Cross* y de la *Croix Rouge française*.

Acabo de pedir al señor René de Chambrun, ciudadano de nuestros dos países, que dedique voluntariamente su tiempo a este fin, en el caso de que usted y las organizaciones de socorro americanas pensasen que su colaboración podría ser útil.

Quiero transmitirle, señor Presidente, mis más distinguidos saludos.

Ph. Pétain

De Chambrun, nada más volver a Nueva York, el 27 de agosto, telefonó a la señorita Le Hand para fijar una cita con Roosevelt al día siguiente (129).

Me responde que Harry Hopkins, conociendo mi vuelta, había venido a Nueva York y se encontraría en el Ritz una o dos horas más tarde. Cenamos juntos mi mujer, él y yo.

Fue entonces cuando sufrí una tremenda desilusión: Harry Hopkins, después de

(129) *Ibidem*, pág. 50.

algunos rodeos, me informó que el presidente había debido renunciar a su proyecto de aprovisionar Francia. Churchill había insistido a fin de que el bloqueo fuese estrictamente aplicado. En vano puse de relieve que el presidente acababa de concluir un acuerdo con el mariscal, del cual había sido instrumento, y me parecía que debían expedir los víveres a Francia, condición para continuar abasteciendo de armas a Gran Bretaña. Nuestra discusión se alargó más horas y me di cuenta de que era imposible persuadirlo. No volvería a ver nunca más al presidente de los Estados Unidos, a quien envíe, por correo certificado, la carta del mariscal Pétain (130).

Con la intervención de los Quakers, de la Cruz Roja y de la campaña en la prensa organizada por Hoover, Dewey y otras personalidades del Partido Republicano, algunos víveres se enviaron a Francia, a pesar de la cada vez más intensa hostilidad de los franceses de Nueva York, indiferentes al reclutamiento de voluntarios en el Selective Draft del 3 de septiembre, y que propagaban, en los Estados Unidos, los eslóganes dados por Harry Hopkins: «Ningún alimento para Europa, mantened el bloqueo.» Más tarde pidieron incluso, sin éxito, la abolición de la ley constitucional de Maryland para «depurar» a Lafayette y a su descendiente, cuya actividad juzgaban perjudicial (131).

Vuelvo a Francia en febrero de 1941.

Evitado su arresto y el de su mujer gracias a la intervención de la policía americana en 1945, y obtenido el mandato de archivar los delitos que se le imputaban, colaboracionismo y traición, De Chambrun, con un pasaporte conseguido por 50.000 francos, fue a Londres, donde llegó cuando estaba concluyendo la cumbre entre Bevin, ministro de Asuntos Exteriores inglés; Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, y el general Marshall, ministro de Asuntos Exteriores americano (132).

Por la conversación con Marshall, De Chambrun se enteró que el repentino cambio de Churchill en agosto de 1940 en torno a la llamada «zona libre» fue fruto de la presiones ejercidas por De Gaulle.

(130) Prosigue el texto:

Deposito (alegato 6) la fotocopia de la certificación con acuse de recibo, cuyo original se encuentra en Nueva York. (*Ibidem*). Se trata de la misma carta de que da noticia también L.-D. GIRARD (*Montoire, Verdun, diplomatique*, París, 1976), cuyo contenido, resumido, es citado por H. LOTTOMANN (*op. cit.*, pág. 172).

(131) *Ibidem*. Juicio de análoga dureza frente a la toma de posición de la comunidad francesa de Nueva York es expresada por Rougier, que la define como «una especie de piscina milagrosa en la que los renegados, los desertores, todos aquellos que tenían relaciones demasiado delicadas con la ley, todos aquellos que habían evadido su capital cuando la ley francesa lo prohibía, todos aquellos que habían emprendido inmediatamente la fuga en las horas de angustia de la patria, encontraban una virginidad nueva» y escandalizándose «de la obstinación del Gobierno americano en mantener relaciones diplomáticas con Vichy», exigían, en la «saciada obesidad de la quinta avenida, un bloqueo implacable para castigar a los franceses por no haber combatido... La batalla por la resistencia, en Nueva York, se explicaba sobre todo como una campaña de banquetes» (L. ROUGIER: *op. cit.*, págs. 86 y sigs.).

(132) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 52-53. Cfr. también L. SAUREL: *La fin de Pierre Laval*, París, 1965, pág. 63.

Durante la conversación el general Marshall me confirmó que numerosos documentos encontrados en Alemania por el ejército americano eran favorables a mi suegro y al Gobierno de Vichy, porque demostraban que el Jefe del Estado y sus ministros se habían resistido fuertemente a las presiones y reclamaciones alemanas, confirmando así la tesis que Laval, en numerosas ocasiones, había expresado también a De Chambrun.

Hay dos políticas que es necesario llevar a cabo: la de De Gaulle en el exterior y la mía en el interior; esto es, un gobierno sacrificado para defender Francia, sus cuadros, sus finanzas, sus estructuras, su vida y permitirle esperar su liberación frente a un ocupante cuya dureza aumentará con sus derrotas militares (133).

Aparte de un intento justificador que resulta comprensible, dado el carácter de autodefensa que informa la memoria (134), lo que convierte en completamente original y particularmente interesante estas *Notes*, es, paradójica y precisamente, el fracaso final de la misión.

Teniendo en cuenta que sólo unos meses antes, en julio, el Congreso no había encontrado dificultad en destinar 50 millones de dólares para el envío de material sanitario y productos de primera necesidad a los prófugos franceses y que, por con-

(133) R. DE CHAMBRUN: *op. cit.*, págs. 52-53.

(134) También es evidente el intento defensivo en lo concerniente a la política de Laval, presentada según las interpretaciones que éste dio de su obra. Cfr. *Il processo Laval nel suo completo resoconto stenografico, con le ultime rivelazioni su questo grande scandalo giudiziario*, Milán, 1948, y *Parla Laval*, cit.; L. SAUREL: *op. cit.*; A. MALLET: *op. cit.*

El cierre de las *Notes* de DE CHAMBRUN es además absolutamente explícito:

... un representante de los servicios americanos, Oulman, durante los meses siguientes, vino de Nuremberg a París para traernos, a escondidas de las autoridades francesas, fotos y ciclostiles de archivos —del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán—, una parte de los cuales fue publicado a finales de 1949 en el libro de JACQUES BARADUC *Tout ce que on vous a caché. Les archives secrètes du Reich* (París, 1949).

Este libro, del que hemos conservado algunos centenares de copias en Chateldon, incluía un prefacio de la señora DE CHAMBRUN, del que reproduzco este fragmento:

Los documentos que leeréis no necesitan comentarios: os enseñarán y enseñarán a los historiadores de todos los países —como lo harán también los centenares de testimonios procedentes de Francia, y que consigno en la Hoover War Library de América— lo que realmente ha ocurrido en nuestro país bajo la ocupación.

Una política completamente favorable a los intereses del enemigo. Esto es lo que un escualido y siniestro fantoche, celoso prestador de juramentos bajo cualquier régimen político, ha osado escribir siguiendo órdenes del Gobierno provisional.

Cada página, cada frase, cada palabra de este libro desmienten esta monstruosa acusación.

Estas palabras constituían un ultraje a la Alta Magistratura de la época. La señora De Chambrun no fue citada en juicio, al haber decidido el poder y la prensa de la resistencia ocultar estos documentos, que eran la prueba, dada por el enemigo, de lo que Pierre Laval había hecho por su país después del desastre de 1940.

Hemos depositado el conjunto de estos documentos en la Fundación Hoover y en Chateldon, con otros centenares de testimonios franceses y millares de otros documentos.

París, marzo de 1974 (*Ibidem*, págs. 53-54).

El clima de depuración que se desató en Francia al fin de la guerra y la orientación política imprimida por De Gaulle pueden explicar el silencio que Chambrun mantuvo sobre su misión, cuyo primer relato público apareció en un artículo publicado en *Le Figaro* el 25 de diciembre de 1975.

tra, otras tantas negativas encontrarán, en agosto, las peticiones de Baudoin y del propio Pétain presentadas a Roosevelt para suspender el bloqueo impuesto por Gran Bretaña (135), resulta evidente la existencia de otras específicas razones para explicar el comportamiento estadounidense, que no pueden limitarse a la genérica profesión de lealtad y solidaridad filobritánica.

En efecto, si, por una parte, la firmeza inglesa en optar por la guerra económica y la quizá mayor rigidez en aplicarla sostenida por De Gaulle y por la resistencia fuera de Francia (136), podía no ser tomada en consideración por Roosevelt, de otra parte, es también verdad que, sólo cuatro meses más tarde, en diciembre, el presidente americano forzará la voluntad de Londres sobre el mismo problema de la suspensión del bloqueo y en un ambiente que ciertamente no era más favorable a Francia tras la entrevista de Montoire (137) (*nota del traductor*: Montoire-Sur-Le-Loir, localidad francesa en donde se celebró la entrevista entre Pétain y Hitler el 24 de octubre de 1940).

En lo que se refiere a De Gaulle, su movimiento todavía no se había transformado en una de las potencias aliadas, por más o menos aceptado que estuviera, y los poderes consentidos al Comité Nacional Francés, reconocido por el Gobierno británico, eran extremadamente limitados y muy alejados en cualquier caso de los propios de un gobierno en el exilio (138). Por lo que parece correcto presentar algunas reservas sobre la posibilidad de que De Gaulle condicionara, al menos en aquel momento, las decisiones político-militares del Gobierno inglés.

Precisamente, el elemento determinante que aparece en agosto de 1940 es, por contra, la consolidación como alianza auténtica y verdadera de aquella estrecha relación entre Estados Unidos y Gran Bretaña que representa el momento resolutivo en

(135) Cfr. A. SCHLESINGER (Jr.): *op. cit.*, pág. 597; J. THOUVENIM: *La France Nouvelle*, vol. II: *D'ordre du Marechal Pétain*, París, s. d.; P. PÉTAÏN: *Paroles aux Français*, cit. La petición de Baudoin el 1 de agosto encontró la frontal oposición de lord Halifax; a la apelación de Pétain, Roosevelt no le dio ningún apoyo (cfr. R. ARON: *op. cit.*, págs. 238-239, y L. ROUGIER: *op. cit.*, págs. 210-212).

(136) Cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 523. Es conocida la posición del *premier* británico sobre la guerra económica presentada en el discurso pronunciado en los Comunes el 20 de agosto y el veto impuesto por el Ministerio de la Guerra Económica inglés a la propuesta de Hoover de organizar un servicio de aprovisionamiento, bajo control americano, para socorrer a la población civil y en particular a los niños de los países ocupados (cfr. L. ROUGIER: *op. cit.*, pág. 23).

Sobre la compleja oposición a Vichy existente en el África francés, cfr. WEYGAND: *op. cit.*, II, cap. II; G. ESQUER: *Histoire de l'Algérie 1830-1960*, París, 1960, pág. 71; C. MARTIN: *Histoire de l'Algérie française 1830-1962*, París, 1963, págs. 296 y sigs.; R. SALAN: *Mémoires. Fin d'un empire «Le sens d'un engagement»*, juin 1899-septembre 1946, París, 1970, págs. 91 y sigs. Cfr. también las memorias de R. D. MURPHY: *Un diplomático in prima linea*, trad. ital., Milán, 1967.

(137) Cfr. *Churchill and Roosevelt. The complete Correspondance*, cit., I, doc. R-19x, páginas 117-118.

(138) Cfr. C. DE GAULLE: *op. cit.*, pág. 93 y *passim*; D. COOK: *op. cit.*; M. COSTA: *op. cit.* Además, De Gaulle acababa de obtener, con el acuerdo del 7 de agosto, la aprobación de Churchill para que el Gobierno inglés financiara a Francia Libre. Por tanto, parece más verosímil entender la posición de De Gaulle en todo caso como elemento agregativo y de refuerzo, dentro de una dirección político-militar de la guerra que correspondía únicamente a Churchill.

la maduración de las nuevas disposiciones de la política exterior, bien para la inmediata dirección de la guerra o, a más largo plazo, para el orden del sistema internacional post-bélico y que, con mayor claridad, desembocará primero en el *Lend-Lease Act* y posteriormente, hasta el encuentro Churchill-Roosevelt en Argentina, en agosto de 1941, donde se sancionará la definitiva adquisición por los Estados Unidos de un papel protagonista a nivel mundial, y que representará la más segura puesta en marcha de la «americanización» del sistema político internacional post-bélico.

El paso central de este cambio, obligado de cualquier modo, que condujo a los Estados Unidos en el bienio de su neutralidad a transformarse de potencia continental —replegada en los enunciados del programa monroniano del *Manifest Destiny*— en superpotencia mundial con intereses en los órdenes geopolíticos de cualquier zona del mundo (139), tuvo lugar al modificarse sustancialmente la preminencia estadounidense que pasó de económica-financiera a político-territorial y estratégica. La permuta de los 50 cazatorpederos por las bases aeronavales inglesas en las Indias occidentales representa el primer y constitutivo acto oficial.

El que se dispiera el pesimismo sobre el resultado de la batalla de Inglaterra, episodio decisivo de la guerra, fue la condición previa que permitió a los Estados Unidos definir un acuerdo cuya validez para la «seguridad estratégica permanente» del país (140) representó el punto de inflexión entre la política tradicionalmente defensiva y la política defensiva-ofensiva.

En efecto, con la expansión del concepto de «zona de seguridad», primero únicamente referido a América del Norte y después a todo el hemisferio occidental hasta llegar luego a englobar nuevos territorios y áreas tradicionalmente consideradas extrañas al perímetro estratégico estadounidense, tuvo inicio aquel proceso de progresiva atlantización de la política exterior americana que, con la adquisición de un creciente número de bases aeronavales, constituyó el «puente de paso», estratégico y político, entre USA y Europa (141).

Francia, en este contexto, no podía desempeñar un papel preciso y quedó fuera de las nuevas transformaciones surgidas del equilibrio USA-Europa. No en vano el período de más intensas negociaciones en Washington para la definición del acuerdo sobre la cuestión de las bases, en agosto, corresponde al período de mayor ines-

(139) Cfr. C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit.; O. BARIÉ: *Gli Stati Uniti da colonia a Superpotenza*, Milán, 1978, y R. A. DIVINE: *Foreign Policy and Presidential Elections*, Nueva York, 1974; J. N. ROSENAU: *National Leadership and Foreign Policy*, Princeton, 1963; S. E. AMBROSE: *Rise to Globalism. American Foreign Policy, 1934-1970*, Baltimore, 1971; V. ILARI: *Politica e strategia globale*, en *Il pensiero strategico*, a cargo de C. JEAN, Milán, 1986, págs. 21-64.

(140) Cfr. W. CHURCHILL: *op. cit.*, pág. 397.

(141) La adquisición de una ramificada red de bases no sólo en Gran Bretaña, sino en el Imperio británico, aumentará notablemente con la entrada en la guerra de Estados Unidos. Este, poco a poco, considerará importantes para los intereses del país un número cada vez mayor de territorios pertenecientes a los Estados ocupados por los alemanes, como Bélgica, Holanda, Francia e incluso a países neutrales (cfr. C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., pág. 171; cfr. también B. M. BLECHMAN-S. S. KAPLAN: *Force Without War. United States Army as a Political Instrument*, Washington, 1978).

tabilidad e indiferencia en las relaciones franco-americanas y del consecuente equilibrio político intentado ahora por Vichy (142).

El sistema atlántico, con la dominante dirección americana, se transformó, en agosto de 1940, en nacionalismo expansivo dirigido hacia Europa, complejo entrecruzarse de necesidades económicas y oportunidades político-estratégicas (143). Constituyó la opción definitiva que, nacida aún dentro del concepto netamente defensivo de *National Security*, se impuso como consecuencia de las modificaciones que el conflicto había ocasionado en el sistema europeo, cuyo principio de autogobierno inspirado en el equilibrio de potencias se hallaba definitivamente en crisis por el vacío de poder derivado de la caída de Francia y del aislamiento de Inglaterra.

[Traducción: JOSÉ LUIS GARCÍA GUERRERO.]

(142) No es casualidad que una vez concluida la misión diplomática de Bullit, en la segunda mitad de 1940, languidieran las relaciones diplomáticas entre Francia y Estados Unidos, dada la escasa actividad de Biddle; intensificándose de nuevo en 1941, mediante una compleja relación, con la misión del almirante Leahy (cfr. W. L. LANGER: *op. cit.*; H. LOTTMAN: *op. cit.*; N. E. GUN: *Pétain, Laval, De Gaulle*, París, 1979).

Sobre la política seguida por Pétain y las negociaciones anglo-americanas en la cuestión de las bases, cfr. R. ARON: *op. cit.*, págs. 250 y sigs.; W. CHURCHILL: *op. cit.*, II, págs. 396-409.

(143) Que el objetivo de una guerra antialemana se sustituyera por el problema de imponer un «nuevo orden» fue sostenido inmediatamente por Henry Luce. En efecto, éste afirmó que Estados Unidos había entrado en guerra ya en 1940, con el objetivo de «establecer el dominio americano sobre el mundo». La idea de que Estados Unidos se involucró en la guerra «para salvar a los ingleses estaba con mucho fuera de lugar» [*Life*, 17 febrero 1942. Cfr. también W. A. SWANBERG: *Luce and his Empire*, Nueva York, 1972, y el documento E-B 34: «Methods of Economic Collaboration: Introductory-The Role of Grand Area in American Economic Policy (July 24, 1941)», preparado por el grupo económico-financiero del War and Peace Studies Project del Council on Foreign Affairs, en C. M. SANTORO: *La perla e l'ostrica*, cit., págs. 163-164. Sobre las diversas hipótesis que los ambientes internacionalistas americanos sometieron a examen, en el período inmediatamente posterior a la caída de París, para la «reordenación de la sociedad de los Estados Unidos», cfr. *ibidem*, págs. 46-49].

Para el análisis del sistema de equilibrio de potencias, cfr. E. V. GULICK: *Europe's Classical Balance of Power. A Case History of the Theory and Practice of One of the Great Concepts of European Statecraft*, Ithaca, 1967, págs. 3-89; A. W. DE PORTE: *Europe between the Superpowers: The Enduring Balance*, New Haven, 1979; R. COLLIER: *1940. The Avalanche*, Nueva York, 1979; G. LISKA: *Quest for Equilibrium. American and the Balance of Power on Land and Sea*, Washington, 1977; N. J. SPYKMAN: *America's Strategy in World Politics. The United States and the Balance of Power*, Hamden, 1970; W. MURRAY: *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939*, Princeton, 1984; *Il sistema delle relazioni internazionali*, a cargo de L. BONANTE, Turín, 1976; ID.: *Sistema internazionale*, en *Il mondo contemporaneo*, vol. VII, Florencia, 1979.